
La NUEVA PATRIA
LARRY WINTERS
JOSÉ LUIS
-2-
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

LA NUEVA PATRIA



Larry Winters

LA NUEVA PATRIA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

PERSONAJES

Hansen*.*—Comandante de la aeronave *Kristian.*

Cristina*.*—Prometida del anterior.

Jan Brissen.—Técnico en electrónica.

Nohana.—Joven indígena.

Karl y Ketty Fraser, Festen, Engle, Forster, McAlister*.*—Del grupo de supervivientes del *Kristian.*

Konah.—Hombre de Noidim.

Punos y Muik.—Reyezuelos del planeta descubierto.

ADVERTENCIA

Los personajes y situaciones de este relato son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con hechos o personas reales que existan o hayan existido, será pura coincidencia.

PRINTED IN SPAIN



CAPÍTULO PRIMERO

LA ESFERA PLATEADA

SOBRE el cielo enrojecido por los resplandores del crepúsculo se fue agrandando la silueta estilizada del helicóptero, suspendido del círculo plateado de sus paletas que batían el aire con giro veloz. Avanzó hasta situarse sobre 1a vertical de la playa y se deslizó suavemente hacia el suelo, posándose sobre la arena tras una leve sacudida.

Hansen «el sueco» saltó de la cabina dirigiéndose con paso rápido hacia el grupo de hombres que le aguardaba junto a las dunas, y resumió sus mudas preguntas con una sola respuesta:

—Sin novedad, como ya comuniqué por radio. La esfera plateada permanece en el mismo sitio y no he descubierto signo alguno de vida en torno suyo. No sé el porqué, pero comienzo a

tener una esperanza sobre nuestro futuro, amigos.

Caminaron en dirección al bulto informe del *Kristian* embarrancado junto a la orilla. Hacía tan sólo dos días que los expedicionarios de la nave sideral arribaran a aquel desconocido planeta y durante todo aquel tiempo, después del descubrimiento de la fatídica esfera plateada, los dos helicópteros que llevaban consigo habían estado en el aire, trazando amplios y espaciados círculos, cerniéndose como aves de rapiña sobre sus presas y vigilando y explorando el cielo y el suelo buscando el menor indicio de una amenaza que hasta el momento no se había presentado.

Hansen regresaba ahora de otro vuelo de patrulla y, reunido con sus compañeros de odisea, resumía sus impresiones mientras todos se disponían a dar cuenta de una sencilla cena al aire libre bajo el soplo tibio de la brisa que no bastaba a refrescar la inminencia de la oscuridad.

—No lo comprendo… y al mismo tiempo me alegro —estaba diciendo—. Esos hombres, si es que se hallan aposentados en estas tierras, debieron divisarnos con la suficiente antelación para dispensarnos una «cordial» acogida en sus dominios, o al menos para precipitarse sobre nosotros casi en el mismo instante de tomar tierra nuestro *Kristian.*

—Quizás no nos vieran, Hansen —apuntó Karl.

—O tal vez no existan sobre estas tierras —murmuró esperanzada Cristina Tegel.

—Es posible, o tal estemos equivocados nosotros —contestó Hansen—. Por ahora, y sin abandonar nuestros viejos propósitos de regresar algún día a la Tierra, hemos de hacernos a la idea de permanecer aquí, de vivir en un constante alerta, de luchar y defendernos,… y hasta de morir, si los hombres de las esferas plateadas se acercan atraídos por nuestra presencia. Si salvamos este primer obstáculo y aseguramos nuestra supervivencia en este planeta, puedo afirmar que en tiempos futuros regresaremos con nuestros hermanos… y hasta puede que nos acompañe también el ejército que haya de liberar a la Tierra.

—Aventurada opinión, Hansen —dijo el profesor McAlister.

—Cierto, profesor, aunque no por ello deja de ser probable.

—Lo dudo, muchacho. En primer lugar, y para que nuestra supervivencia se asegure, necesitamos saber muchas cosas de este planeta, cosa que resulta imposible hasta que no estén, reparados los instrumentos de cálculo. No obstante, voy a darla por descontada para pasar al segundo punto, que no es otro sino la

necesidad absoluta de que exista ese ejército libertador de la Tierra bajo la forma incipiente de indígenas del planeta que nos ha acogido, ya que de otro modo considero imposible que diez y seis hombres y dos mujeres reúnan la energía, el poder y la fuerza suficiente para reconquistarla. Y como final, todo ello puede llegar a realizarse… siempre que los hombres de las esferas plateadas nos lo permitan.

—Estoy seguro de ello, profesor.

—Admiro su fe y su confianza en el porvenir, Hansen, y más aun considerando que somos los robinsones más miserables de la historia y de la literatura, que carecemos casi de lo más necesario pese a llevar con nosotros maravillas científicas… y además, porque no será el *Kristian* la nave que nos conduzca en el viaje de regreso a la Tierra.

Todas las miradas se habían dirigido hacia el cohete posado sobre la arena amarilla. Proyectado para ascender y alzarse verticalmente sobre el suelo, yacía ahora poco menos que despanzurrado sobre la playa, con las olas lamiendo sus timones de dirección retorcidos y astillados, rotos los cristales de la cabina de mando, arrancados muchos de sus delicados instrumentos por la violencia del choque e inutilizados otros de capital importancia. El vehículo aéreo se había convertido en un insignificante estuche de vidrio que no podía valerse por sus propios medios y que, incluso, resultara inservible como alojamiento de sus tripulantes toda vez que los pisos y techos de sus compartimientos se habían convertido ahora en tabiques debido a la posición horizontal que ocupaba el cohete.

—Eso es cierto, profesor —dijo Hansen—. Nuestro valiente *Kristian* dio de sí todo cuanto pudo y aún más de lo que esperábamos, pero todavía nos será útil cuando reparemos todo lo estropeado.

—Bien; dejémonos de recuerdos melancólicos y de pensamientos pesimistas y volvamos a lo positivo —apuntó Festen—. Necesitamos en primer lugar un alojamiento adecuado ya que el *Kristian* no nos lo puede ofrecer. Es necesaria una vigilancia continua y el hecho de que nuestro único radar milagrosamente disponible no registre ningún dato en su pantalla, tanto puede obedecer a que efectivamente no haya nada o a que nuestros enemigos sean invisibles o transparentes a sus ondas. Ante todo se hace forzosa una protección adecuada contra ellos y sus malditas esferas plateadas porque…

—¡Cielos, Festen! —le interrumpió el sueco—. ¡Creo que me has

dado la solución!

—¿Dónde está, Hansen, si puede saberse? —preguntó Karl.

—¡En las esferas plateadas, precisamente! —repuso excitado Hansen—. Tenemos una de ellas muy próxima, a menos de mil kilómetros de distancia, y aunque el plan es arriesgado bien vale la pena exponer la vida de unos pocos si de esa forma se obtiene un medio de seguridad para el conjunto.

—Explícate, Hansen —pidió Cristina con voz trémula, adivinando interiormente al dónde quería ir a parar su prometido.

—Acabo de regresar de un vuelo de patrulla. He trazado círculos sobre esa esfera medio enterrada en la colina y me he acercado, temerariamente si se quiere, como ansiando un ataque o una defensa que no se produjo. Ningún signo de vida he podido advertir en esa esfera ni entre las rocas que la rodean, y me hago el siguiente razonamiento: Supongamos que está abandonada.

—¿Por qué ha de estarlo, Hansen?

—¿Por qué no? La ausencia de toda agresión durante el tiempo que hemos pasado aquí hace más aceptable esa evidencia y, si resulta cierta, nada mejor podemos hallar para nuestro alojamiento que la protección de sus paredes metálicas, de las que ya conocemos sus magníficas cualidades y su resistencia a toda arma que no sea nuestros propios torpedos «C». Recordad el combate después de nuestra salida de la Luna; les vencimos, les obligamos a retirarse y ellos no pudieron destruirnos. Afirmar lo contrario es falso.

—También lo es suponer que carezcan, de armas cuyo poder desconocemos y que sean capaces de aniquilar esas esferas, Hansen —arguyó el profesor McAlister—. Igualmente conocemos la crueldad personificada en esos hombres, y el que no nos hayan atacado puede significar que están recreándose en nuestro miedo y que gozan con nuestras preocupaciones antes de destruirnos totalmente.

—Es usted el eterno pesimista de la dotación, profesor —repuso Hansen—, y aunque me veo obligado a darle en parte la razón, no por ello abandono mi proyecto. Todos tenemos demasiado miedo a esos hombres y nuestro temor es instintivo ante las cosas que desconocemos acerca de ellos. Nuestro profesor de idiomas, nuestro prisionero, no ha querido ser muy explícito en ese aspecto, y yo quiero ahora enfrentarme con ellos cara a cara para ver si son tan invencibles como aparentan. Iremos hasta esa esfera y la ocuparemos si está abandonada. Si hallamos resistencia o las cosas no resultan tal y como las hemos pensado…, todo se reducirá a

anticipar en unas horas ese final que usted considera como irremisible para nosotros, profesor. Aún confío en vencer y mantengo mi esperanza, porque creo también que todos nosotros pensamos lo mismo allá adentro.

—Eso es verdad, Hansen —aceptó Festen—. Por lo que a mí se refiere, tanto me da morir ahora como dentro de cinco minutos. Luchemos mientras quede tiempo, y si ocurre lo peor siempre nos quedará el consuelo de haberlo intentado todo.

—Estoy de acuerdo con Festen —dijo Karl—. Llevamos con nosotros a un prisionero de su misma raza que podemos utilizar como escudo, entablar negociaciones a través de él, solicitar una tregua... cualquier cosa. Me ofrezco voluntario para ir allá. ¿Quién me acompaña?

—Calma, Karl —habló el sueco—. Vayamos por partes.

—¡Hansen... Hansen! —llamaron entonces.

Un nuevo miembro de la dotación llegó al grupo procedente del interior del *Kristian* en donde los mecánicos estaban entregados a la tarea de arreglar los desperfectos. Era un muchacho rubio como un «viking», delgado como un huso y varonilmente apuesto, un danés llamado Jan Brissen. jefe de electricistas y perito en electrónica.

—¿Qué ocurre, Brissen?

—Ocurre que he conseguido reparar el radar grande, que el aparato funciona y que su pantalla recoge un punto brillante a una distancia no superior a los mil kilómetros.

—Lo celebro, Brissen, porque esa noticia viene a confirmar mis palabras de antes. Ese punto brillante es la esfera plateada emplazada sobre la colina, y la carencia de puntos rosados en torno suyo nos da la certeza de que no hay enemigos por estos alrededores, a menos que estén encerrados en la misma esfera.

—Si están allí pueden darse por muertos —dijo impetuoso Karl —. ¡Vamos por ellos, Hansen!

* * *

Veinte horas de una oscuridad casi absoluta, sin más fulgor que el breve parpadeo azulino de las estrellas que enviaban sus rayos a través de la atmósfera de aquel planeta, sin un satélite que hiciera las veces de Luna o Sol nocturno, mediaron lentas y excitantes hasta que los dos helicópteros de la dotación del *Kristian* se dispusieron a partir con los primeros resplandores de la aurora. En torno a los dos aparatos estaban agrupados los expedicionarios que iban a partir y Hansen besaba a Cristina como signo de despedida, tratando de

calmar con sus palabras animosas el temor y la intranquilidad de la muchacha. Otro tanto ocurría con Karl y Ketty, empeñada esta última en ser de la partida con tal de no alejarse de su prometido y estar junto a él en los momentos finales.

—Las mujeres se quedan aquí —volvió a decir Hansen—, Brissen y Kurt Engle cuidarán de vosotras dentro del *Kristian,* y podréis seguirnos por radio y radar ya que no por televisor.

Se apresuraron las despedidas y los siete miembros del grupo, empujando al prisionero que sacaran de su calabozo del cohete, se distribuyeron por mitad entre los dos aparatos que rápidamente se elevaron y emprendieron la marcha para perderse a poco en la lejanía.

Bajo la caricia suave de la luz sobrevolaron la verde llanura que comenzaba más allá de la playa, percibieron el reflejo cegador de y ríos que buscaban, la azul planicie del mar y contemplaron nítidamente la mole amarillenta y amenazadora de la gigantesca cordillera que cerraba el horizonte como maciza muralla e impenetrable fortaleza.

Las leves ondulaciones del terreno estaban salpicadas de grupos de árboles de exuberante frondosidad, y todo el suelo semejaba desprender un aroma vital, un aire de fecundidad, una sensación de tierra virgen que sólo necesitaba la mano del hombre para doblegarse a sus mandatos, producir y crear.

—Un mundo de carbono —monologaba el profesor McAlister—. Un planeta semejante al nuestro y a quien la presencia del hombre convierte en un paraíso y en un infierno a la vez.

Por radio llegaban hasta los helicópteros las voces de sus compañeros, pidiendo datos y noticias y transmitiendo a su vez las novedades ocurridas desde la marcha. Cristina y Ketty semejaban tener acaparado el transmisor y sus palabras, entre temerosas y reconfortantes, estimulaban los ánimos de Hansen, de Karl, de Festen, Forster, el viejo astrónomo y los mecánicos Michel y Sven que vigilaban al prisionero de aquella extraña raza, sin dejar de observar sus reacciones y queriendo profundizar en su pensamiento a través de cuanto contemplaba desde el aire. Con las gafas especiales sobre los ojos y respirando normalmente la atmósfera de la cabina, el cautivo miraba hacia abajo dilatando sus pupilas con asombro y murmurando extrañas palabras que sus vigilantes, impuestos muy rudimentariamente en aquel idioma, no comprendían las más de las veces.

La distancia hasta la esfera plateada se recorrió velozmente

bamboleándose los helicópteros a impulsos de las oleadas de calor que refractaban las masas espesas de árboles que se sucedían sin interrupción formando un bosque interminable. Tomaron tierra en un pequeño claro sembrado de altas y aceradas hierbas, a una prudencial distancia de su punto de destino, y el grupo de hombres de dispuso a la acción después de las comprobaciones pertinentes.

—Aquí Hansen —llamó el sueco por radio—. Responda, *Kristian.*

—*Kristian* al habla —le contestó la conocida voz de su prometida —. Te oigo perfectamente, Hansen, sin la más mínima interferencia.

—Está bien, Cristina. Es importante que se vigilen especialmente las interferencias y que no se descuide el radar.

—Por ahora no hay nada nuevo. Un punto brillante, único y solitario, siempre en la misma posición.

—Cierro la comunicación, Cristina.

—Que Dios os guarde y te proteja a ti especialmente, Hansen.

Empujando al esposado prisionero con los fusiles atómicos, el grupo se introdujo bajo el túnel de verdor de los árboles después de disimular los helicópteros bajo una masa de hierbas y sacar de ellos dos emisoras portátiles. El suelo tenía una espesa alfombra de hojas que lanzaban al rostro vaharadas putrefactas. Enredaderas y lianas pendían de las ramas, dando el aspecto de serpientes y fantásticas telarañas. Un aire caliente y bochornoso circulaba entre los troncos espesos de aquella selva y tras dos alarmas producidas por chasquidos y movimientos de maleza que resultaron ser, por las huellas, indicios de animales de gran tamaño que huían atemorizados, se detuvieron unos instantes en otro calvero para comunicar con los suyos, dar el «sin novedad» y proseguir la marcha.

—Creo que tendré que darte la razón, muchacho —decía el profesor McAlister—. Nos hallamos en un bosque auténticamente virgen; somos los primeros humanos que lo franqueamos y esta convicción me la da también el hecho de que las fieras no nos hayan atacado. Señal de que no vieron nunca nada semejante a nosotros y nos temen.

—¿Vio a esas fieras, profesor?

—Sí y no, Karl. Los cristales de mis gafas estaban empañados y pudo tratarse de una ilusión óptica, pero creí ver algo del tamaño de un elefante terrestre.

—Sí que lo vio, profesor. Las huellas que encontré eran de un tamaño proporcionado.

—¡Atención! —recabó Hansen—. Estamos llegando al lindero

del bosque.

Bruscamente cambió el aspecto del paisaje al enfrentarse con una serie de amontonamientos de rocas formadas por e1 endurecimiento de la ardiente lava de un volcán remoto. Multitud de cristales vítreos escintilaban aquí y allá lanzando brillantes destellos bajo la luz y cortantes aristas pétreas ponían en peligro la integridad de aquel grupo de hombres. Sobre todo aquel turbión revuelto, erguida sobre una colina rocosa, estaba la esfera plateada, enorme, centelleando como un ascua incandescente, silenciosa y extrañamente quieta. De la sensación exuberante de vida que animaba el bosque habían pasado los hombres de Hansen a la quietud y el silencio, a la calma y a la muerte aparente de todo el paisaje.

—No me gusta esto, Hansen —susurró el astrónomo ocultándose, como todos, tras las fisuras y grietas de las piedras.

—Es demasiado tarde para arrepentirse, profesor. ¡Adelante, ya que llegamos hasta aquí!

Un breve interrogatorio del prisionero no reveló nada nuevo que no fuera la sorpresa que aquel extraño ser sentía ante la contemplación de un vehículo que debía resultarle familiar. Semejaba no dar crédito a lo que estaba viendo y tan sólo un actor consumado hubiera sido capaz de un fingimiento semejante. El grupo rodeó la base de la colina dirigiendo a todas partes la boca de sus fusiles atómicos y avanzando con precaución.

—¡Cuidado, Hansen! —gritó Karl que iba delante—. ¡Aquí hay un camino!

Todos se precipitaron hacia allí, corriendo y sin protegerse para nada, ávidos por contemplar algún signo humano en aquel planeta, y su asombro subió de punto al darse cuenta de algo más.

—¡Fíjate en eso, Hansen! —gritó excitado Festen.

El sendero, de más de dos metros de anchura, abierto a pico sobre la petrificada lava, ascendía en zig-zag en busca de la cumbre de la colina, llano bajo la superficie de las grandes losas de roca que lo embaldosaban... y en ambos lados se alzaban ingentes peñascos, a su entrada primero y a intervalos regulares después, recortados bajo la forma de toscas esculturas que recordaban vagamente al toro y al caballo. La acción del tiempo, en su labor de siglos, se dejaba sentir sobre las piedras carcomiendo sus líneas y mutilando sus ángulos, haciendo adoptar unas fantásticas formas a aquellas esculturas que en otra época debieron ser una maravilla de perfección.

Una espesa capa de polvo, caprichosamente amontonada por la acción de los vientos, alfombraba el camino y blanqueaba las piedras haciendo resaltar aún más el brillo de la enorme esfera que coronaba la cumbre, mirándoles a través de las muertas pupilas de sus ventanas circulares y con la puerta- rampa extendida hasta el suelo dejando descubierto el negro hueco de la entrada que semejaba una boca.

Sintiendo aumentar la excitación de sus nervios, Hansen y los suyos ascendieron por aquel camino, hundiéndose hasta los tobillos en el fino polvo, haciendo retumbar las losas bajo el impacto de sus zapatos y respirando ávidos el quieto aire que parecía purificarse con la altura.

—Mi hipótesis se ha cumplido —estalló Hansen con voz alegre —. ¡La esfera está abandonada!

Zumbó la radio en aquel instante y la voz excitada de Cristina Tegel llegó hasta todos:

—¡Cuidado Hansen! En la pantalla de radar han aparecido una serie de puntos luminosos en tomo a la esfera detectada antes.

Hubo una alegre carcajada en el grupo, unánime y estruendosa, como desahogo de los nervios excitados, y Hansen, riendo aún, tranquilizó a su prometida al responderle:

—Comprendo tu susto, pero no tiene ninguna justificación, Cristina. Esos puntos luminosos... somos nosotros mismos, llegados junto a la esfera plateada y dispuestos a tomar posesión de ella a título de conquista pacífica.

CAPITULO II

LOS FUNERALES DE UN JEFE

DURANTE los días siguientes, períodos de tiempo que ocupaban casi cuarenta horas terrestres distribuidas en tres partes iguales de luz, penumbra y oscuridad total, un abrumador trabajo recayó sobre los escasos tripulantes del *Kristian,* durante el cual todos se esforzaban por terminarlo repartiéndose las ocupaciones más dispares.

Jan Brissen y dos de sus mecánicos estaban afanados con los motores atómicos, la pila nuclear y demás medios de propulsión. Festen desmontaba cuidadosamente sus instrumentos de precisión, el radar, la radio y la televisión, y ayudado por Cristina Tegel desmantelaba implacable lo que antes fuera sala de control de la aeronave. El profesor McAlister se las entendía con su observatorio astronómico, renegando y maldiciendo contra la arena que penetró a través de los rotos cristales de la cúpula estropeando y dejando inútil el telescopio electrónico y multitud de aparatos demasiado sensibles para soportar un brusco choque.

Hansen, estaba —como él decía— dirigiendo el tráfico aéreo y pilotaba en ocasiones uno de los dos helicópteros que trasladaban hasta la esfera plateada todo cuanto se estaba sacando de las entrañas del *Kristian,* llevándoselo en rápidos e innumerables viajes, mientras Kurt Engle, en unión de dos hombres más, avanzaba penosamente con el jeep a través del bosque intentando hallar o construir un camino que permitiese el arrastre de las piezas más voluminosas y pesadas que no podían transportarse por el aire.

Lejos, en el punto designado como campamento permanente de los expedicionarios, estaban Ketty Fraser, Kurt y el coronel Forster disponiendo los alojamientos e instalando las literas y demás enseres necesarios para su nueva vida. La actividad era patente en todas partes; junto al despanzurrado Kristian, esparcidos sobre la arena amarillenta, estaban diseminados los objetos más heterogéneos y las piezas más dispares de todos los mecanismos de la nave. Hansen quería que el desmantelamiento fuese lo más completo posible con el fin de utilizar todo lo aprovechable, y lo que todos estaban realizando no era nada comparado con la tarea de reparar los instrumentos inutilizados que les aguardaba después.

Con el paso del tiempo, un plazo que en la Tierra sería de tres

meses, pero que la longitud de los días de aquel planeta acortó insensiblemente, terminó la parte principal de aquel trabajo y todo cuanto necesitaban se amontonó en torno a la esfera plateada que coronaba la cúspide de la colina rocosa. En Hansen, desde el momento en que penetró en ella, parecía haberse desdoblado su personalidad en el ingeniero aeronáutico que llevaba dentro de sí mismo, por una parte, que le impulsaba a conocer los secretos de construcción, los instrumentos y los medios propulsores del vehículo aéreo, y al jefe de grupo y luchador indomable por otro, que le hacía experimentar una íntima satisfacción al penetrar los secretos ofensivos y defensivos de un enemigo tan poderoso como éste.

Habían contemplado todo cuanto hallaran dentro de ella, estudiaron y analizaron cuidadosos, contándose después sus respectivas impresiones.

—El sistema de propulsión es, desde luego, atómico —contó Hansen—, y mediante una serie de motores auxiliares imprimen a la esfera un movimiento de rotación uniformemente acelerado. Sin embargo, no llego a explicarme ciertas cosas y la primera de ellas es: ¿Dónde están los seres que habitaron la esfera?

—No encuentro de momento una respuesta, Hansen —repuso Festen—, pero indudablemente se trata de una raza muy avanzada, científicamente hablando. He encontrado ciertos aparatos parecidos a nuestro radar, que si bien están inutilizados por el abandono y la acción del tiempo, no pueden ocultar que son más perfectos, si cabe, que los que poseemos.

—Y no es eso todo, Hansen —añadió el profesor McAlister—. He visto tablas astronómicas exactas y completas, mapas espaciales absolutamente perfectos y una serie de instrumentos ópticos de lo más maravilloso que existe.

—¿Y qué podemos aprovechar de ellos, profesor?

—Nada, es cierto. Pero hay alguien que puede satisfacer nuestra curiosidad y por mi vida que le apretaré las clavijas si no quiere hablar. Nuestro prisionero tendrá que contarnos todo cuanto sepa de este asunto aunque para ello sea necesario privarle de todo alimento y hasta dejarlo morir de hambre.

El cautivo, que pasado su primer momento de asombro al contemplar la esfera había tornado a envolverse en su habitual mutismo, estaba encerrado en uno de los más pequeños departamentos de la esfera, equipado tan sólo con una litera, una silla y una mesa diminuta. Aislado de todos durante la trabajosa

tarea que realizaron los tripulantes, casi había caído en el olvido excepto en el de Karl, que le daba de comer y se había preocupado de recopilar en un pobre vocabulario todos los conocimientos que de su extraño idioma tenían. Hansen, haciéndolo llevar a su presencia, se esforzó por hacerle comprender lo que querían de él, tocó todos los resortes que su mente le dictó para obligarle a hablar antes de apelar a medios más persuasivos y, por fin, el prisionero se decidió cuando Festen terció con sus deducciones acerca de las armas que contaban para derrotarles y anular el predominio que actualmente ostentaban sobre la Tierra.

Aquello pareció herir el orgullo del cautivo o tal vez venció su mudez el silencio largamente mantenido, porque un torrente de palabras brotó de la boca dentada del prisionero, escupidas con desprecio, barbotadas con ira y proferidas con una sensación de superioridad que desentonaba enormemente de su condición de cautivo.

—*Kaun noko* —respondió roncamente.

Kurt se apresuró a consultar el vocabulario para ayudar la comprensión de aquellas palabras. Todos conocían el idioma lo suficiente para mantener una pobre conversación y sabían que una de sus particularidades era la inversión de las sílabas de una palabra para significar el concepto opuesto. De este modo, si *unka* significaba *nada, kaun* había de traducirse por *todo,* y si *kono* era *útil, noko* significaba todo lo contrario.

Todo inútil era la traducción correcta de aquellas palabras retumbantes y Kurt trabajó de prisa anotando la conversación como Dios le dio a entender, con vistas a un mejoramiento del idioma de aquel hombre. Durante largo rato continuó el discurso; se adivinaba en el cautivo la condición de superdotado a juzgar por lo que decía. Estaba contando las maravillas de Noidim y sus tres planetas hermanos; relataba la destrucción y terrible fin de ellos y cómo los pobladores del superviviente se esparcieron a través del espacio buscando un nuevo mundo en donde posar sus plantas, siguiendo los pasos de los fugitivos del desastre cósmico[1].

Se llamaba Konah, era jefe de grupo y no había secretos para él en lo referente a transmisiones, detección y náutica del espacio. Estaba cierto de que la esfera que ocupaban no era de Noidim, que nadie de aquel planeta moraba en ella y se apoyaba en sus afirmaciones en la antigüedad y los atrasados modelos de los aparatos instalados en ella.

—Está bien, muchacho —dijo Hansen a Kurt cuando Konah, exhausto, dejó de hablar—. Llévate a nuestra máquina parlante y

dale las gracias por su información. Adviértele también que de su conducta depende nuestro modo de obrar acerca de él, y que no olvide que continúa siendo nuestro prisionero.

Luego se dirigió a los suyos para añadir:

—Konah acaba de quitarnos una preocupación y nada hemos de temer en adelante acerca de los tripulantes de la esfera plateada. Sin embargo, ha dejado abierta una incógnita que hemos de averiguar. El planeta que ocupamos está habitado… o lo estuvo en otros tiempos. Varias veces hemos divisado columnas de humo sobre las montañas amarillas que cierran el horizonte y que bien pueden proceder de erupciones volcánicas lejanas o de los hombres que labraron las esculturas que adornan nuestro sendero. Hemos de encontrarles y hacerles comprender que estamos aquí en son de paz.

—¿Y si nos amenazan con la. guerra, Hansen?

—Entonces les contestaremos con sus propias palabras, muchacho.

* * *

Jan Brissen se había alejado de la esfera plateada, explorando por su cuenta los alrededores mientras Hansen y Festen, en un helicóptero, volaban hacia la cadena montañosa que limitaba el horizonte en un primer intento de franquearla desde el aire. El joven mecánico, convenientemente armado, se había aventurado más allá del bosque que rodeaba la colina volcánica, había visto pasar las horas y por último decidió pernoctar en una cavidad rocosa antes de emprender el regreso, surcando la selva en plena oscuridad y a merced de las fieras que la poblaban.

Durmió tranquilo después de maldecir su estupidez por no llevarse un receptor portátil que le permitiese comunicar con los suyos, y comprendiendo lo inútil de sus lamentaciones optó por acomodarse a las circunstancias del momento que le convertían en un Robinsón, solitario, casi extraviado entre el mar revuelto de peñascos y lava sólida que formaba las primeras estribaciones de una cordillera secundaria.

Le despertó una extraña sensación y al abrir los ojos y contemplar la luz del nuevo día no acabó de convencerse de que era aquello lo que le hizo alzarse apresuradamente. Estaba seguro de que sus oídos percibieron un rumor de voces lejanas, algo así como un himno salmodiado con tono doliente y desesperado. Confuso aún y creyéndose víctima de una pesadilla, gateó por las rocas buscando mayor altura y de improviso se detuvo estupefacto, ocultándose

rápidamente y sin creer lo que estaba viendo.

Por el hueco que dejaban unas peñas, alineadas en forma de túnel natural, habían aparecido dos hombres y fue preciso que un rayo de luz centelleara sobre las agudas hojas de las lanzas que empuñaban y que nuevamente se escuchara el cántico solemne y patético, para que el danés se convenciera de la realidad. Con ojos desorbitados por la sorpresa se agazapó en su escondite instintivamente, venciendo el primer impulso de ofrecerse a la vista de los extraños, y contempló el espectáculo desde su principio hasta el final.

Aquellos hombres sorteaban con habilidad las aristas rocosas del pedregoso camino y de vez en cuando lanzaban, un grito ronco que debía ser una especie de consigna o de invocación desconocida. Tras ellos apareció el bulto informe de un animal corpulento que a Brissen le recordó inmediatamente las esculturas que adornaban las proximidades de la esfera en que vivían. Era una bestia de gran tamaño, voluminosa y fuerte, que tenía algo del caballo en las crines, larga y rizosa cola y finas extremidades, y del toro en la corpulencia y el ímpetu, en las astas afiladas y largas que sobresalían de su cráneo y en el bronco mugido que soltaban sus fauces.

Sobre el lomo, atado con largas correas de cuero trenzado, llevaba un bulto largo, arrollado con una tela roja, rígidamente estirado y sin movimiento y denunciando por las formas que se dibujaban bajo la tela, su condición humana.

—Un cadáver... no puede ser más que un cadáver —murmuró Brissen estupefacto.

La salmodia fúnebre se dejó oír en aquellos momentos con mayor claridad y al mismo tiempo que aquellos hombres armados se hacían más numerosos en torno a la bestia y a los dos exploradores de vanguardia, apareció un grupo de mujeres, vestidas con unas flotantes túnicas blancas graciosamente anudadas sobre un hombro y dejando desnudos el otro y ambos brazos. Todas eran de regular estatura y armónicas proporciones, abundaban entre ellas las epidermis bronceadas, los cabellos endrinos, los ojos garzos y los rasgos de belleza que dejaban traslucir una raza fuerte, sana y vigorosa. De aquel apretado rebaño tan sólo dos doncellas ponían la nota dorada de sus cabelleras rubias sobre el conjunto, y sobre todas las mujeres refulgían las joyas, los brazaletes, las fíbulas de bronce dorado y las brillantes ajorcas que ceñían sus tobillos. Caminaban con expresión resignada no exenta de cierta altivez, y Brissen creyó percibir entre los sones del cántico que entonaban

algunos sollozos contenidos, audibles en el momento que el grupo cruzó por debajo de su escondite.

—¡Por mi vida que no lo entiendo! —murmuró el danés—. ¡Esto es un entierro!

Cruzaba ante él otra bestia semejante a la primera, ricamente adornada con telas rojas y brillantes joyas, llevando sobre su dorso una lanza, una espada larga y aguzada, un escudo de broncíneo reflejo y una especie de casco confeccionado con escamas metálicas. Cerraba la comitiva otro grupo de hombres armados, presididos por otro, a todas luces el jefe, alto, hercúleo, de rasgos duros y expresión solemne. Como todos sus acompañantes iba tocado con un casco escamoso, portaba las mismas clases de armas y vestía un faldellín que le llegaba hasta las rodillas, unas sandalias de cuero que protegían sus pies y unas placas metálicas, ricamente labradas, que cubrían sus piernas, su busto atlético y sus antebrazos.

Había en total unos veinte hombres armados, casi otros tantos que llevaban a cuestas grandes cestas o fardos y treinta doncellas plañideras y dolientes.

—¡Santo Dios! —susurraba Brissen—. ¿Pero de dónde salen?

Hubo un momento de tensión cuando las bestias, al pasar ante su escondite, olfatearon su presencia traduciéndola en estrepitosos mugidos que sólo sirvieron para recibir una lluvia de golpes y aguijonazos sobre sus costillas. El danés, decidido a no perderse ningún detalle, gateó sobre las rocas siguiendo un camino paralelo, procurando no desprender piedrecillas ni producir ruidos que pudieran llamar la atención, y siempre desde un puesto elevado buscó los mejores puntos y los observatorios más estratégicos. Les vio desembocar en una amplia plazoleta natural, un lugar abierto salpicado de rocas y sombreado por árboles y detenerse frente a la abertura que daba paso a una caverna. Entonces comprobó Brissen que había estado durmiendo tan sólo a unas yardas de aquel punto y que tan sólo la oscuridad, primero, y el dirigirse después en busca de los cánticos escuchados, le impidieron descubrir aquella gruta hacia la cual se dirigían directamente guerreros, portadores, doncellas y bestias.

Se detuvieron ante la entrada y del grupo se destacaron cuatro mujeres entonando un cántico que sólo sirvió para aumentar el asombro de Brissen al percibir claramente algunas palabras que recordaban enormemente el idioma de aquel prisionero de los hombres de Noidim.

— ¡No es posible! —mascculló—, Estos hombres y mujeres son

físicamente iguales a nosotros los terrestres y en todo diferentes a nuestro cautivo. No lo comprendo. ¿Y qué habrá en esa cueva? Por lo visto no van a entrar y sólo se limitan a cantar frente a ella.

Y decidido a aclarar aquella incógnita se deslizó hacia la plazoleta aprovechando que todo aquel grupo, acabado el canto de las doncellas, se retiraba hacia unos árboles lejanos. Tan sólo mugió una de las bestias como dando la alarma ante la presencia del intruso, pero su guardián se limitó a darle un fuerte golpe en el hocico con el regatón de su lanza y a permanecer indiferente ante los berridos de dolor y de ira de la fiera. Brissen completó así su avance y se deslizó por la boca de la caverna, pisando un suelo endurecido por el paso de los hombres.

—Cuidado, Jan —monologó—. Te estás metiendo en un buen lío del que no sabes cómo saldrás. Si estos hombres abrigan intenciones pacíficas nada ocurrirá, pero si como recelas no ha de ocurrir así, de nada te valdrán las armas y el valor más o menos grande que le eches al asunto. Has sido un solemne imbécil por todos conceptos; primero, por alejarte tanto; después, por no llevar radio, y ahora, por meterte en la boca del lobo. Yo de ti pondría tierra de por medio, hablaría con Hansen y que lo resolviera él con un helicóptero. Después de todo, estos hombres y mujeres han salido de algún sitio y a él han de volver; no faltarán ocasiones para encontrarlos y entrar en relación con ellos. No te las des más de héroe y descubridor y regresa con los tuyos.

Embebido en sus reflexiones atravesó totalmente un corredor abovedado abierto en la roca viva, pasó gradualmente de la luz a la penumbra y encendió su linterna cuando la oscuridad se hizo total. Una sensación de humedad y de frío le azotó el rostro; descubrió que se hallaba en una gran sala cuyos límites no podía delatar el haz luminoso de su linterna que arrancaba destellos fugaces a las estalactitas y estalagmitas del techo y el suelo. De pronto lanzó una exclamación de horror y la linterna estuvo a punto de caérsele de la mano cuando a su reflejo descubrió el trazo blancuzco de un esqueleto humano, de otro un poco más lejos, de tres o cuatro macabramente entrelazados, de montones de cráneos y huesos revueltos entre las osamentas monstruosas de unas bestia de gran tamaño y de cestos toscamente tejidos que contenían carbonizados residuos.

Repuesto de su espanto dirigió la luz hacia el suelo y fue identificando los objetos que brillaban bajo el foco: jirones quemados de viejos vestidos, alfombras de lana y cuero, esterillas de mimbre, granos calcinados que parecían semillas... Había

brazaletes de bronce, brillantes pulseras y cuentas de vidrio, pedazos de hierro retorcidos por el fuego, diademas, sortijas, extraños amuletos… Y todo, al igual que muchos esqueletos, estaba bárbaramente machacado y roto, desmenuzado a veces, oculto otras bajo grandes piedras, mezclado con cenizas y carbones apagados, revuelto entre los montones de semillas quemadas…

Jan Brissen sintió que los pelos de su nuca se erizaban, que un escalofrío corría por su espalda y que una sensación de angustia llenaba su estómago. Buscó la salida para huir y entonces escuchó otra vez aquella salmodia fúnebre que entonaban las doncellas, al mismo tiempo que un resplandor rojizo penetraba en la caverna. Se ocultó deprisa tras unas rocas, empuñando su fusil atómico; por encima de su inquietud y su miedo vencía ahora la curiosidad de contemplar aquello y saber el porqué de la extraña reunión.

Lo presenció todo. Vio los rojos reflejos de las antorchas despertando sangrientos destellos en las paredes y la gruta se iluminó plenamente con la luz de cuatro enormes hogueras rápidamente dispuestas por los guerreros. La atención de Brissen estaba centrada en el grupo de doncellas que permanecía apartado de todos, como custodiado incluso por los guerreros.

—No quiero imaginar que esas muchachas se conviertan luego en los esqueletos que alfombran el suelo. Si así ocurre… no lo consentiré, como me llamo Jan Brissen.

Una voz estentórea del jefe dio comienzo a la ceremonia. Con gritos salvajes y extraños aullidos, los guerreros se precipitaron sobre las dos bestias, quitando de su lomo el cadáver, las armas y los adornos. Depositaron todo aquello sobre una especie de altar formado por una piedra lisa, y a otro grito del jefe tornaron a dirigirse hacia las fieras, esta vez espada en mano y lanza presta. Los mugidos y berridos de dolor se confundieron con la algarabía de los guerreros que hundían sus armas: una y otra vez en aquellos enormes corpachones hasta verlos derrumbarse ante sus pies con los últimos estertores de la muerte.

Fue rápido el trabajo de descuartizamiento, y muy pronto grandes pedazos de carne se tostaban sobre las hogueras, esparciendo un aroma picante y apetitoso que excitaba los estómagos de aquellos hombres. Asada la carne, dos de ellos que debían ser jefes secundarios, descubrieron al muerto y lo sentaron en el altar sujetándole con piedras. Luego se acomodaron todos en torno suyo y empezaron a devorar la carne.

—Voy comprendiendo —murmuraba Brissen, contemplando la escena con ojos de espanto—. La última comida con el jefe muerto.

El postrer adiós al guerrero fuerte… Pero ¿y después?

La respuesta se la dio el grupo de porteadores depositando junto al altar los leños y troncos para una nueva hoguera sobre los cuales se depositaron las armas del muerto y el mismo cadáver poco después. Bajo los reflejos sangrientos de las llamas el espectáculo tenía una macabra grandiosidad, algo solemne y bárbaro a la vez que cautivaba la atención de Brissen al mismo tiempo que estimulaba su repugnancia. Vio esparcir sobre los leños puñados de semillas sacadas de los cestos, extender tela de vivos colores y rutilantes joyas. Después…

Del grupo de doncellas partió un grito de espanto, irreprimible e instintivo al ver acercarse a los guerreros con las espadas desenvainadas. Brissen reaccionó bruscamente al ver como uno de ellos asía por los cabellos a una muchacha y la empujaba brutalmente hacia la pira alzando la espada sobre su cabeza. Las mujeres gritaban aterradas, perdido su valor y su entereza de momento antes, y los hombres las llevaban hacia la nueva hoguera ante la cual debían morir para servir de acompañantes al jefe fallecido. El danés temió emplear el fusil atómico por temor a provocar una hecatombe en el grupo de mujeres, y alzó su pistola incendiaria apuntando a aquel que arrastraba por el cabello a la primera.

Se escuchó un trallazo seco y un surco de fuego cruzó el espacio semejando envolver al guerrero que se desplomó como fulminado, envuelto en llamas. La muchacha, más aterrada aún, sacudió su túnica para apagar las chispas prendidas en ella y gritó con chillido espeluznante que pasó desapercibido entre el griterío y el clamor que se levantaba entre los hombres. Brissen salió de su escondite para mostrarse a la luz:

—¡Escuchadme! —gritó, sin pensar que nadie podía entenderle.

Paralizados por el miedo, aquellos hombres le miraron estáticos. Sólo uno, más valiente o más atrevido, alzó la espada sobre el cuerpo de la doncella que sujetaba, pero entonces brotó otra lengua de fuego de la pistola de Brissen y aquél se desplomó, retorciéndose entre las llamas.

Aquello colmó el pánico de los guerreros, y con un alarido colectivo se precipitaron hacia la salida, atropellándose, esparciendo los leños de las hogueras entre brazadas de chispas, empujando a las mujeres, gritando como poseídos y corriendo como gamos.

Era una escena que a Brissen hubiese hecho reír a carcajada si

no estuviera tan impresionado por lo que había visto y lo que se vería obligado a evitar. Erguido sobre la losa del altar, solo entre la oscuridad que nuevamente invadía la caverna al apagarse las hogueras, el danés encendió su linterna sujetándola con la izquierda y empuñando con la diestra su pistola. Guiado por su resplandor cruzó la sala en busca del túnel, sorteó los obstáculos... y se detuvo en seco cuando la luz fe reveló una blanca figura acurrucada en el suelo mirándole con ojos agrandados por el espanto y alzando temerosa hasta él sus manos con ademán suplicante.

La reconoció por su túnica chamuscada. Era la doncella primeramente arrastrada hacia la pira y que, seguramente vencida por el miedo, no había abandonado la caverna. Mirándola, Brissen comprobó los rasgos de hermosura de su rostro y que el terror alteraban sus negros ojos tenían una muda súplica y en aquellas manos blancas había una petición de piedad y ayuda. El danés sintió algo extraño en su interior a la vista de aquella muchacha; fue algo más que un sentimiento de compasión lo que le movió a tenderle su diestra después de enfundar la pistola y al sentir su contacto tembloroso se estremeció también sin saber la causa.

Caminaron hacia la salida. Se hizo innecesaria la linterna y Jan tornó a empuñar la pistola al asomar a la plazoleta abandonada y desierta, con las huellas fehacientes de la precipitada huida impresas en ella.

—Kef vono nine draye, adel tura[2] —dijo Brissen en lengua de Noidim y con su tono más cariñoso.

Ella le miró atónita y temerosa. Aquel desconocido le hablaba en una lengua semejante a la suya, algo diferente y extraña pero que podía comprenderse sin muchas dificultades. Tembló violentamente, pero la presión de la mano de Brissen sobre la suya la tranquilizó.

—Kef veno, kire yeborik daso[3] —contestó la muchacha sintiendo renacer su confianza.

Cruzaron la plazoleta y un chillido de la muchacha sacó de su abstracción a Brissen. Frente a ellos, en grupo amenazador, estaban diez guerreros a veinte metros de distancia listos para lanzar sus venablos arrojadizos. Dos lanzas se hundieron en el suelo junto a ellos, y Brissen, empujando a la muchacha, asió el fusil atómico lanzando un solo proyectil contra ellos. La explosión retumbó en las rocas con amenazador eco, y al disiparse la humareda pudo comprobarse que guerreros, armas, tierra y rocas habían desaparecido como por ensalmo. Jan Brissen sonrió abiertamente para calmar el espanto de la muchacha, aturdido por la poderosa

fuerza que poseía aquel hombre, y murmuró:

—Em more. Em Jan Brissen (Yo, amigo. Yo Jan Brissen)

—More more —repuso ella, sonriendo tranquila—. Em Nohana (Amigos. Yo, Nohana)[4].

Tornó el danés a tomar su mano, y con ella asida se encaminó en busca de Hansen y los suyos

CAPITULO III

LA FUGA DE KONAH

HANSEN y Festen habían regresado de su exploración aérea y reunidos con los tripulantes al pie de una colina, bajo la protección de unos árboles que les resguardaban del fuerte calor, daban cuenta de sus observaciones desde el aire.

—El planeta está habitado, amigos. Al pie de las montañas amarillas, al otro lado de la vertiente, se alza una ciudad rodeada por el cinturón macizo de sus murallas. Hemos visto campos cultivados, senderos y caminos... y ni un solo ser viviente, atemorizados quizá por la presencia de nuestro helicóptero. A baja altura hemos inspeccionado las casas y no ha hecho falta aterrizar para comprender que sus moradores se encuentran en un grado de civilización muy atrasado con respecto al nuestro, según se desprende de la construcción de sus casas, del sistema de riego de sus campos y del aspecto de los caminos. Esto se ha encontrado al otro lado de *las* montañas, y nada semejante hemos visto en los alrededores de la esfera. Los montes amarillos, de una altura que en ocasiones rebasa los ocho mil metros, se extienden formando un semicírculo que encierra esta comarca, separándola del resto del planeta y convirtiéndola en una especie de isla de gran extensión, limitada de un lado por el mar y del otro por los montes.

En este punto, la natural excitación que en todos producía el informe de Hansen quedó empequeñecida y borrada ante la llegada de Jan Brissen, el solitario explorador que se derrumbaba fatigado al pie del árbol, y todavía más ante la presencia de la muchacha que le acompañaba. Habían llegado a preocuparse por su larga ausencia y he aquí que su regreso se producía repentinamente, sin estridencias ni gritos de aviso y con la sola ansia de descansar de la larga caminata. Pero lo más notable era la actitud de la muchacha, que de ninguna manera quería soltar la mano del danés, como si en ella viera la protección que necesitaba.

—Creí que no llegaba nunca —dijo Brissen . Hemos hecho un trayecto endiablada-mente largo y pesado; hubo necesidad de disparar contra una enorme bestia que nos atacó en el bosque, pero al fin estamos de nuevo con vosotros. Se llama Nohana —presentó, levemente ruborizado ante las sonrisas de todos que comentaban la actitud de la muchacha—, y las circunstancias de mi encuentro con ella son largas de contar.

Cristina y Ketty acogieron cariñosamente a la doncella, tratando de endulzar sus recelosas miradas y el aire temeroso que demostraba ante la presencia de aquellos extraños, pero Nohana, aprovechando el primer descuido de las dos mujeres, corrió de nuevo al lado de Brissen que estaba relatando a Hansen todo cuanto presenciara en la plazoleta y en la caverna y el resultado de su intervención en favor de aquellas mujeres que iban a ser bárbaramente sacrificadas.

—No debiste disparar sobre esos guerreros, Jan —dijo aquél cuando Brissen terminó y mientras Nohana, acurrucada a los pies de su salvador, escuchaba con asombro la extraña lengua que todos empleaban—. Acaso por eso no podamos entrar en relaciones pacíficas con ellos más tarde.

—Sus intenciones no eran nada tranquilizadoras, Hansen, y si no llega a ser porque Nohana gritó advirtiéndome su presencia, ahora estaría en aquella plazoleta con un venablo clavado en el pecho. No hice más que defenderme.

—No te recrimino, Brissen. Sólo lamento lo ocurrido y espero que esta muchacha pueda contarnos todos los detalles referentes a su raza y a la ciudad deshabitada que descubrimos desde el aire.

—No tengas miedo, Nohana —dijo luego a la muchacha en lengua de Noidim—. Nadie va a hacerte daño porque estás entre amigos.

Ella volvió los ojos hacia Brissen, y se acercó al danés para preguntarle:

—¿Quién es este hombre fuerte?

—Es nuestro jefe, Nohana, y a él debemos obediencia.

—Yo no le conozco. Tú, Brissen, eres el único jefe de Nohana. Te pertenezco porque me salvaste de los hombres de Xanoti.

—¿Era Xanoti tu jefe antes?

—No; Xanoti es la ciudad en que vivimos.

—Háblanos de tu pueblo, Nohana —pidió Hansen.

La muchacha permaneció silenciosa mirando obstinadamente a Brissen como esperando su permiso para contestar, y entre las risas regocijadas de todos dijo Karl:

—Te has convertido en el objeto de su adoración, Brissen. Encárgate de ella y pregúntale tú, porque de lo contrario no vamos a saber nada nuevo.

Así lo hizo el danés, comenzando la conversación en noidio, respondiendo Nohana a sus preguntas y escuchando todos cuantos

les rodeaban.

Conocieron, el extraño ritual de la ceremonia interrumpida por Brissen; entraba en las leyes del país que los hombres y mujeres, sirvientes todos de un jefe, le acompañaran en su último viaje y para ello eran sacrificados después que los guerreros compartían con el muerto la última comida. Nohana venía de una lejana región más allá de las montañas amarillas que cerraban el horizonte, acudiendo con todos los demás a la tierra sagrada para depositar en ella al jefe muerto.

—¿La tierra sagrada? —preguntó Karl—, ¿Qué puede significar eso?

—Creo no equivocarme al afirmar que se trata de la zona donde nos encontramos. Como ya os dije, las montañas la aíslan completamente del resto del planeta y el mar completa el cierre convirtiéndola en algo inaccesible. Nohana la ha llamado tierra sagrada y es indudable que para ellos lo es en virtud de las dificultades para llegar a ella.

—Pregúntale, Brissen; que nos diga cuánto tiempo emplearon en llegar.

—Hobo soc soc (nueve días) —repuso Nohana.

Venían de una gran ciudad llamada Xanoti, la más importante del reino gobernado por Punos, el poderoso, que tenía en ella su corte y su morada. Su hijo, gran jefe y valiente guerrero, había muerto en una cacería y entonces condujeron su cuerpo hasta la tierra sagrada, cruzando las montañas por el único lugar accesible, soportando los rigores de la altura, atravesando al valle y luchando contra las fieras salvajes que lo poblaban y que muchas veces no les dejaban ni siquiera acampar en los lugares más convenientes para el descanso.

—Yo pertenecía a la casa de Punos —continuaba la muchacha— y el rey me cedió para el servicio de su hijo.

—¿Acaso te destinó para su esposa?

—¡Oh, no! En Xanoti ninguna mujer es esposa. ¿Qué significa esa palabra?

Brissen se quedó como quien ve visiones ante la pregunta de Nohana y algo semejante ocurrió al resto del grupo sin exceptuar a Cristina y a Ketty.

—¿Es que vosotros no tenéis casas, un hogar y una familia en donde vive la mujer junto a los hijos y junto al hombre que la eligió por compañera?

—No te comprendo, Brissen. En Xanoti y en todo el reino de

Punos el poderoso, las mujeres pertenecemos siempre a alguien desde el mismo momento de nacer. Estamos al servicio de ellos, satisfacemos sus gustos y sus caprichos, trabajamos para procurarles el sustento y nos conformamos con las sobras, porque es de ley que ninguna de nosotras puede aspirar a nada más.

—¡Pero eso es una esclavitud infame!

—Sigo sin comprender tus palabras, Brissen. Todas sabemos de antemano nuestro destino y conocemos nuestro final: Acompañar al dueño en su último viaje o ser arrojadas de su lado cuando ya no nos necesite, cuando su sucesión se vea asegurada con un hijo… o morir en medio de la mayor vergüenza si el recién nacido es una niña.

—¡Jamás escuché una cosa más absurda! —exclamó Cristina acercándose a la muchacha.

—Así lo ordena la ley —insistió tercamente Nohana como si en aquellas palabras estuviera la explicación plausible de sus afirmaciones—. Es una ley tan antigua como el mundo en que vivimos y que perdura a través del tiempo sin que ninguna fuerza la haga cambiar.

—Nosotros seremos esa fuerza, Nohana —aseguró gravemente Jan Brissen—, Y dinos, ¿todos los hombres proceden de la misma manera con vosotras?

—No, Brissen, hay también hombres al servicio de los guerreros. Todos los sirvientes procedemos del mismo pueblo aunque no sabría yo explicar el principio de todas las cosas. Nací en Xanotí y fui instruida en las leyes dictadas por unos hombres que llegaron del cielo hace mucho, muchísimo tiempo.

—Considero innecesario que Nohana siga hablando, Brissen —dijo entonces Hansen— porque ahora creo poder reconstruir toda su historia desde el principio. Ven, Nohana —invitó—. Acompáñanos hasta nuestra casa.

Cristina la tomó por la mano sonriéndole con dulzura y la muchacha accedió sólo después de percatarse de que Brissen también les acompañaba. Caminaron hasta el sendero que terminaba en la esfera plateada y a la vista de aquella construcción prorrumpió la doncella en un grito de espanto, como si sólo entonces se percatara de que los hombres que la habían acogido procedían forzosamente de algún lugar desconocido para ella. Con ojos agrandados por el terror miró hacia Brissen, dejándose caer de rodillas en la tierra y tendiendo hacia él sus brazos con ademán de temerosa reverencia.

—Levántate, Nohana —pidió el danés conmovido a su pesar ante la expresión angustiada de la doncella—. Levántate y explica la causa de tu miedo.

—Tú… Brissen —dijo ella entrecortadamente—. Todos los tuyos… ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Es largo de contar, muchacha. Venimos de allá arriba —contestó el danés señalando al cielo—, pero no somos como aquellos hombres que llegaron hace tanto tiempo. Hemos venido buscando la paz, ansiando conocer a tu pueblo para unirnos a él, deseosos de encauzar vuestras costumbres equivocadas, de establecer un trato equitativo y justo entre hombres y mujeres, de unirles a todos por el camino del bienestar y la felicidad y hasta, de ser posible, de pedirles ayuda para emprender una gran empresa.

—Tus palabras son consoladoras, hombre de cabello dorado —repuso Nohana tomando las manos de Brissen para alzarse—, y quiero creer que son ciertas aunque aquí no hallarás la paz sino la guerra, no tendrás felicidad sino amarguras y ninguno querrá acceder a tus propósitos pese a tu condición de dios.

—No soy ningún dios, Nohana.

—Tú, Brissen, eres el dios de Nohana —dijo ella, rozando con sus labios la mano del danés—. Me salvaste y te pertenezco. Yo atenderé a tu sustento mientras tú te preocupas de la caza y de la guerra, velaré tu sueño y tu descanso, refrescaré tu cabeza en las horas quietas y calurosas de la mañana…

—Basta, Nohana —cortó el danés, avergonzado y confuso ante aquella declaración de esclavitud—. El día que té necesite y te pida alguna cosa de todas esas, será de otra forma y con otros medios.

—El día que me lo pidas, Brissen, Nohana estará dispuesta —contestó ella, alzando hasta el muchacho sus maravillosos ojos negros.

* * *

—Imagino que los hombres llegados en esta esfera se mezclaron con los indígenas —decía a todos el profesor McAlister en la sobremesa tras la cena—. Uniendo los relatos de Konah y Nohana se comprende que aquéllos fueron escasos en número, pero sí lo suficientemente fuertes para imponer su idioma y sus costumbres.

—Pero esos hombres eran muy distintos, profesor —apuntó Brissen—. Mire a Konah y a Nohana; yo no veo ninguna relación entre ellos..

—Yo sí, porque la fusión a que me refiero debió producirse hace

millones de años. La descendencia fue adaptándose al medio ambiente y cambiando sus formas, sus organismos y sus medios de vida… que eran pocos lo demuestra el hecho de que sus características fueron englobadas por los indígenas que eran la raza predominante.

—¿Y su civilización… su ciencia misma? ¿Cómo desaparecieron dejando tan sólo la lengua y las costumbres?

—Muy sencillo. El idioma es algo vivo que se transmite de generación en generación, alterando y modificando sus sonidos, pero sin extinguirlos Jamás. En la Tierra tenemos demasiados ejemplos que nos lo confirman… o nos lo confirmaban —agregó melancólico— España, Inglaterra, Portugal… todas ellas llevaron su idioma a otras naciones, que los conservaron más o menos modificado durante el transcurso de los siglos. El noidio de Konah y el de nosotros es distinto al de Nohana, pero ello no impide que podamos entendernos. No ocurre lo mismo con la ciencia si consideramos que *Kristian* debía ser un planeta joven, que las mentes de sus pobladores no eran aptas para percibir unas enseñanzas que tan sólo de forma gradual podían inculcárseles y que, además, las condiciones de esta tierra no fueron suficientes para su desarrollo. Los indígenas vieron dioses en los hombres llegados del cielo, les adoraron como a tales y aceptaron sus mandatos.

—¿Y no ocurrirá lo mismo con nuestra cultura, profesor?

—Quizás sí y quizás no. Es demasiado pronto para responder a esa pregunta.

—Queda un punto oscuro, Hansen —pidió Karl—. ¿Por qué en tu vuelo sobre Xanotí no descubriste ningún ser humano?

—Nohana nos lo ha dicho. Se efectuaban los funerales de un jefe y mientras aquél era conducido a la tierra sagrada, todos en Xanoti se recluían en sus casas, encerrados a piedra y lodo en señal de duelo. ¿No es cierto, Nohana?

—No hay respuesta, Hansen —dijo riendo Brissen.

Nohana, apoyada sobre el hombro del danés, había cerrado los ojos y dormía apaciblemente.

Al día siguiente, venciendo el espantoso pánico que le asaltara a la vista del pájaro mecánico, Nohana surcaba el espacio a bordo de uno de los helicópteros llevando como acompañantes a Kurt Engle y a su inseparable Brissen. Ella había hablado a Hansen de la suerte que pudieran correr sus compañeras de sacrificio, ahora desperdigadas por las colinas volcánicas y los bosques de la tierra

sagrada, y por ello estaban describiendo círculos sobre los parajes que Brissen iba reconociendo y señalando. Enlazados por radio con el aparato, un grupo dirigido por el coronel Forster avanzaba en demanda de la plazoleta y la caverna localizadas ya desde el aire, explorando el terreno en busca de las otras mujeres, que a buen seguro se hallaban a merced de las fieras y hasta de los mismos guerreros que las condujeran hasta allí.

En la esfera plateada quedaban el profesor McAlister y Festen ocupados en la reparación de los instrumentos de cálculo que el astrónomo necesitaba para determinar la posición en el espacio del planeta que les albergaba. De común acuerdo habían decidido bautizar aquel astro con el nombre de Kristian en recuerdo a la nave sideral que les condujera hasta él, y bajo tal denominación figuraba en las notas que el viejo McAlister guardaba celosamente, de la misma forma que se denominaba Tierra de Hansen al territorio en donde se encontraban y Montes Amarillos a la cordillera que les separaba del resto del planeta.

Con ellos dos estaban también Sven y Michel, dos de los mecánicos, atendiendo a su trabajo sin dejar de vigilar en donde estaba encerrado Konah, el prisionero noidio. El segundo helicóptero, mientras tanto, había partido en dirección a las montañas llevándose a Hansen y a Cristina, a Karl y a Ketty como pasajeros, con la misión de trazar un mapa fotográfico lo más detallado posible y descubrir desde el aire el desfiladero o pasadizo que los indígenas utilizaban para llegar hasta la tierra sagrada y acerca del cual sólo pudo darles Nohana vagas indicaciones.

La exploración aérea de la Tierra de Hansen estaba dando resultados negativos. Establecido el contacto con el grupo terrestre, desplegados los hombres cubriendo, el terreno, sólo pudieron descubrir los cuerpos espantosamente mutilados de dos mujeres y un hombre, víctimas sin duda de aquellas bestias mezcla de caballo y toro que abundaban en el bosque.

—Seguramente el hombre capturó a las dos muchachas y los tres fueron más tarde pasto de las fieras —informaron desde tierra.

Engle hacía cernerse el aparato a baja altura en un vuelo lento y majestuoso que causaba el pasmo de Nohana ante la sencillez y facilidad de comprensión del pájaro mecánico, dócil bajo las manos de su dueño. Frondosos árboles de un verde intenso y de ramas curvadas por el peso de extraños frutos se sucedían sin más separación a veces que bloques rocosos o espacios poblados de altas hierbas. Divisaron en dos ocasiones los dorsos negruzcos de las bestias que alzaban la cabeza a su paso y la atención de los

tripulantes estaba constantemente prendida en el maravilloso panorama del ondulante y vivo mar de la selva que se extendía ante sus ojos.

Nohana, sin dejar de charlar con Brissen que continuaba siendo para ella el único jefe, tenía frases admirativas para todo. Las luces del salpicadero, el sonido mágico de la radio y el giro constante de la antena de radar, eran otros tantos motivos de asombro para la hermosa indígena que alzaba el rostro hacia Brissen en demanda de una explicación que el danés se apresuraba a darle tratando de encauzar las ideas de su primitivo cerebro.

De todos estaba siendo motivo de comentario jocoso la actitud de Nohana: seguía a Brissen a todas partes como un falderillo, como un can agradecido que necesitara demostrar constantemente la sumisión a que estaba obligado y le costó comprender las razones del danés que la instruía ya en las costumbres de la Tierra y se esforzaba por convencerla de que tan sólo en el reino de Punos el poderoso existía aquella dominación absoluta del hombre sobre la mujer.

—Te equivocas —rebatía ella—. Hay otras ciudades, muchas además de Xanoti, y en todas ellas imperan las mismas leyes.

—Eso será hasta el momento en que nosotros vayamos a ellas.

Poco tiempo había transcurrido desde que Brissen salvara a Nohana, pero el continuo trato y la constante presencia de la muchacha, su humildad y devoción enteramente exentas de coquetería, y su primitiva ingenuidad habían comenzado a surtir sus efectos en el ánimo del joven mecánico que confesaba ya, riendo, resultarle imposible vivir sin Nohana o verse privado de su compañía, quizás para disimular los impulsos que le llevaban a declararle un naciente cariño que Brissen no quería confesar mientras no estuviese seguro de que sus sentimientos obedeciesen al amor y no a una pasión momentánea.

Junto a ella en el helicóptero, escuchaba su incansable charla mirando su adorable figura, su satinada y ambarina piel y el vuelo sedoso de sus pestañas. Se estremecía ante el brillo profundo de sus ojos negros y soñaba con un futuro pacífico unido a Nohana, creando un hogar y una familia, mezclando las razas en una descendencia sana y valiente, poderosa y civilizada que sustituiría las leyes y costumbres bárbaras de Kristian. Ella no parecía enterarse de la muda admiración del joven mecánico y proseguía en su parloteo entusiasta.

—Mira, Brissen; casi podría tocar con mis manos las ramas más

altas de ese árbol. Vuestro poder es grande al dominar el cielo con estos pájaros mecánicos y no comprendo esa obstinación al negaros la condición de dioses que por la fuerza he de adjudicaros.

—Con el tiempo lo comprenderás, Nohana, y verás en nosotros tan sólo a simples mortales cargados de defectos.

Se bamboleó el aparato entonces haciendo que la muchacha se agarrara a Brissen para no caer y la voz de Kurt Engle advirtió entre reniegos:

—He visto a una mujer bajo esos árboles y voy a tomar tierra. Bonita manera de vigilar, entretenidos vosotros con una continua charla.

El helicóptero se posó en un pequeño claro sembrado de altas hierbas y los dos hombres y la muchacha saltaron al suelo hundiéndose hasta la cintura en aquel mar verde y ondulante.

—¡Quietos! —ordenó Engle.

Hasta ellos llegó el cercano rumor de malezas y ramas apresuradamente apartadas; un grito de terror estalló bajo los árboles y casi al mismo tiempo escucharon la música de fondo de un galope sonoro que hacía temblar la tierra. Una mujer apareció entre los árboles, desgreñada y sucia, desnudas las piernas bajo la túnica desgarrada y el semblante descompuesto por la angustia. Tras ella venía la ingente mole de una bestia, cargando contra la fugitiva con el ímpetu de una locomotora.

—¡Un «muri»! —gritó Nohana—. ¡La matará!

La mujer, al divisar al pequeño grupo, corrió hacia él en demanda de instintiva protección y al hacerlo se interpuso en la línea de tiro de Kurt Engle que había alzado su fusil atómico. Falló el disparo, alterada la puntería por un brusco movimiento y el proyectil estalló fragoroso mordiendo bosque y haciendo desaparecer tierra y árboles entre la nube de humo. La bestia, ilesa, rugió de cólera dirigiendo hacia ellos sus ojos sanguinolentos; bajó la cabeza y embistió contra Nohana que imprudentemente se había adelantado para atender a su compañera, caída desfallecida en tierra.

—¡Nohana! —aulló Brissen avanzando presuroso.

Las fauces del «muri» estaban a escasa distancia de las dos mujeres cuando Brissen se cruzó velozmente en su camino atrayendo su atención.

—¡Dispara, Kurt, dispara! —ordenó a Engle que no se atrevía a hacerlo dada la proximidad de la fiera a las doncellas.

Brissen zigzagueó rápido escuchando tras él los resoplidos de la

fiera; percibió el silbido del proyectil al mismo tiempo que la estruendosa explosión. Se vio envuelto en ceniciento humo y un impulso poderoso le dio alas, transformándole momentáneamente en pájaro y lanzándole con violencia contra el tronco de un árbol al pie del cual cayó desvanecido y sangrante.

Nohana le atendió, sollozando, mientras Engle llevaba hasta el helicóptero a la muchacha rescatada, desvanecida también de miedo y cansancio. Habló por radio con Forster y los suyos dándoles su posición, pero antes de contestarle aquél escuchó la voz de Hansen hablando a distancia.

—Regresad pronto, Kurt, porque corréis peligro. Konah se ha escapado después de matar a Sven y herir gravemente a Michel. Pero no es eso lo peor, sino que se ha llevado dos fusiles atómicos y sobrada munición para ellos.

CAPITULO IV

EN MARCHA HACIA XANOTI

FALLECIO Michel a consecuencia de sus heridas y la búsqueda de Konah, encarnizada y constante, no había dado resultado alguno. Se adivinaba premeditación y paciente espera en el prisionero y una afortunada circunstancia para él le ayudó en su fuga. Cuando ocurrió, el profesor McAlister y Festen, en el piso alto de la esfera, estaban enfrascados en su trabajo y no se dieron cuenta de que nada anormal sucedía; sólo cuando el malherido Michel recobró el conocimiento y pulsó el zumbador del teléfono supieron de la fuga de Konah.

Hasta entonces, Michel y Sven entraron juntos en la celda para llevar el alimento al cautivo, conteniendo uno de ellos todo ataque o conato de fuga mediante la amenaza de su pistola incendiaria; pero aquel día, juzgándose capaz Sven para hacerlo solo y para no interrumpir a su compañero que estaba terminando de arreglar un televisor, entró en la celda de Konah. Michel sólo tuvo conocimiento de su fuga cuando una mano poderosa le agarró por el cuello haciendo crujir las vértebras; se defendió como pudo, medio asfixiado e incapaz de lanzar un solo grito, y aunque un hombre sólo poca cosa podía hacer frente a la estatura y corpulencia de Konah, acertó a darle una patada en el vientre. Aquél rugió de dolor y sacudiendo a Michel como un guiñapo, en un alarde de su fuerza poderosa le estrelló contra la pared del aposento.

Festen, seguido de cerca por el viejo McAlister, fue el primero en acudir al toque de alarma del herido y mientras el astrónomo le reconocía entró en la celda para hallar en ella el cadáver de Sven, deshecho por unas manos poderosas, retorcido y maltrecho, roto su cuello y quebrado un brazo. Se echaron de menos dos fusiles atómicos —los de Sven y Michel— y cierta cantidad de municiones, y percibieron las huellas de Konah impresas en el polvo del sendero para perderse en el bosque al pie de la colina. Festen se horrorizó imaginando lo que hubiera podido ocurrir de saber Konah que no eran sus guardianes los únicos moradores de la esfera en aquellos momentos, y tranquilizado en parte comprendió también que debido a ello se abstuvo el fugitivo de destruir ni volar nada, seguramente por miedo a ser nuevamente capturado antes de poder alejarse lo suficiente.

Llamó por radio a Hansen que regresaba ya después de hallar el desfiladero y aquél hizo regresar a las patrullas destacadas sobre la tierra sagrada para evitar que un encuentro imprevisto con el fugitivo armado, que dispuso a sus anchas de dos horas de tiempo desde su fuga, causara nuevas bajas entre los miembros de la ya de por sí reducida tripulación aposentada en aquel planeta.

Su helicóptero y el de Kurt Engle batieron la zona probable por donde pudiera hallarse Konah, sin tiempo para reproches ni recriminaciones. Sven había muerto, Michel tenía el cráneo fracturado y el noidio campaba por sus respetos en algún lugar desconocido que los dos aparatos no lograron descubrir en sus vuelos exploratorios subsiguientes.

—Ha terminado nuestra tranquilidad, Hansen —renegó Karl al regresar de uno de aquellos vuelos—. Con Konah libre y armado, sus condiciones y su cerebro, no tendremos ya un minuto de reposo. ¡Debimos matarle en lugar de guardarlo vivo! Fuimos demasiado blandos entonces y hemos tenido después excesivas atenciones para con él.

—De nada valen ahora tus lamentaciones, Karl, y sólo hace falta demostrar nuestro valor y nuestra cautela. Antes éramos poderosos frente a unos seres inferiores a nosotros y ante el mismo Konah, preso y desarmado; ahora estamos en igualdad de condiciones, obligados a luchar para defendernos y encerrados en el mismo aposento que él, dado que Konah tiene pocas probabilidades de salir de este territorio sin conocer el paso montañoso que lo comunica con el resto de planeta. Todo es cuestión de paciencia y de tiempo; le encontraremos… y entonces todo acabará para él.

Los deseos de Hansen no se vieron cumplidos y los días pasaron sin obtenerse un resultado positivo. Obligados a una vigilancia continua, tan sólo uno de los helicópteros batía la espesura del bosque mientras el otro se cernía sobre el pequeño grupo que, ayudado por las máquinas herramientas del taller de la aeronave, abría un camino a través de la espesa selva.

—Nada, Hansen —seguían informando los exploradores aéreos cuando un mes terrestre había transcurrido desde la fuga de Konah —. Parece como si lo hubiera tragado la tierra.

—¡ Ojalá estuviese en el estómago de un «muri»! —maldijo Brissen, repuesto tiempo atrás de su accidente con una de aquellas bestias.

—Cabe en lo posible —aceptó Hansen—. El «muri» es astuto y ha empezado a conocernos después de la caza implacable que le

hemos dado. Nuestras armas han quedado relegadas a segundo término pasando a primero la cautela. A Konah puede haberle ocurrido lo que estuvo a punto de sucederme a mí en la última batida; no vi al «muri» hasta que cargó sobre mí desde su escondrijo de la espesura a corta distancia, y si no llega a ser porque Cristina disparó a tiempo no estaría aquí para contarlo, pese a mis armas. Puede ser que Konah haya muerto, pero estoy más inclinado a creerle vivo y fuera de nuestro territorio.

—¿En qué te fundas, Hansen? —interrogó Cristina.

—En la misma razón, por la cual no hemos encontrado rastro de las compañeras de Nohana ni de los guerreros que las trajeron. Sencillamente: han salido por el desfiladero, llevándose tal vez a Konah.

—No concibo a Konah como cautivo de esas gentes.

—Ni tú me comprendes, querida. Me refiero a Konah «como jefe de esas gentes» y temo por el poder real de Punos el poderoso, nuestro incógnito vecino de allende las montañas. Creo llegado el momento oportuno para hacer una visita a Xanoti y a su rey… y vamos a ir hasta allí.

—Estás loco, Hansen —dijo Karl con incrédulo tono—. ¿Vas a dejar todo este territorio a merced de Konah? ¿Vas a abandonar nuestros equipos y herramientas, nuestros equipos, reservas… todo?

—Tranquilízate, Karl; nos iremos después de preparar unas cuantas trampas que escocerán a Konah en el caso de que se atreva a venir. Nos empleará algún tiempo el disponerlas, pero no será ningún despilfarro inútil.

El camino a través del bosque estaba terminado ya, enlazando la esfera con la caverna de Brissen, actualmente limpia y explorada, provista de alumbrado eléctrico y transformada, en gigantesco almacén de todo el equipo sacado de la nave sideral. Bajo la enorme bóveda rocosa resultaban insignificantes la pila nuclear, los motores, las cajas metálicas con las reservas de materias radioactivas, los torpedos y demás aparatos. Una ciudad entera podía edificarse dentro de la cueva, enorme gruta formada por una salía casi circular de 800 metros de radio y casi 100 metros de altura máxima.

El cebo de la trampa lo constituía el mismo camino que venía de la esfera, y Hansen instaló dos células fotoeléctricas que trazaron un rayo ultravioleta a través del corredor de acceso a la caverna. Bastaba que cualquier obstáculo lo interrumpiera para que automáticamente se disparasen tres fusiles atómicos emplazados en

distintos sitios de forma que cubriesen con sus balas todo el corredor. Las armas se habían dispuesto a cierta altura con el fin de que ningún disparo hecho desde afuera las alcanzase, y lo peor que podía ocurrir era, si estos disparos se efectuaban, un derrumbamiento interno que en nada afectaría a las condiciones de habitabilidad de la caverna. Por otra parte, si el corredor de acceso a ella se derrumbaba por efecto de las balas atómicas, siempre podría abrirse un nuevo túnel entre las rocas desprendidas o atacar la montaña por otro lado para penetrar en sus entrañas.

No cabía la posibilidad de que un «muri» interrumpiese el rayo de las células fotoeléctricas. Su corpulencia no le permitía el paso por el túnel, y gracias a esta circunstancia pudieron conservar la gruta los hombres de Xanoti, reservándola como mausoleo de sus jefes. Brissen terminó de montar el mecanismo de control de las células situado en un punto del exterior de la caverna, conocido sólo de Hansen y los suyos.

—Esto funcionará sin defectos —dijo al terminar—. Si nuestro amigo Konah se acerca... me gustaría verlo en ese momento.

Se dispuso entonces la marcha, reuniéndose todos junto a los helicópteros, y el profesor McAlister dijo a Hansen:

—Yo voy a quedarme en la gruta, muchacho. Necesito tiempo para reparar mis instrumentos y, además, poco papel puedo hacer en Xanoti acompañándoos. Mi preocupación es únicamente determinar la posición de *Kristian* en el espacio, calcular su órbita y prever las contingencias que pueden acontecemos a lo largo de nuestro viaje por el Cosmos. Cada minuto que pierdo en este trabajo supone un peligro remoto que puede evitarse ventajosamente para todos nosotros.

—No acaba de gustarme su propósito, profesor. Mayor peligro corre usted quedándose aquí que acompañándonos.

—¿Es que no confía en la trampa dispuesta, Hansen? Sólo con que Brissen instale otro control de las células en el interior me basta. Además, si Festen no está demasiado ilusionado con el viaje puede acompañarme, porque sus conocimientos de mecánica y electrónica me son muy necesarios. Entre los dos defenderemos la caverna y no sentiremos el paso de las horas.

—Conforme, si Festen accede en quedarse.

—¡Qué remedio, Hansen! —suspiró el aludido—. Confieso que me gustaría acompañaros en la expedición... pero si el profesor lo considera necesario me veré obligado a obedecerle.

—Asunto concluido, Hansen —dijo McAlister—. Festen y yo nos

quedaremos aquí.

Una hora más tarde, los doce hombres y las tres mujeres que partían para Xantoti se acomodaban en los dos helicópteros después de disponer al jeep» sobre la plataforma suspendida con cables de acero a las panzas de los dos aparatos. Aseguradas las ataduras que sujetaban al coche, emprendieron el vuelo majestuosos y seguros, elevándose sobre los árboles y perdiéndose en la lejanía después que Festen y McAlister se introdujeran en la caverna, conectando desde dentro el dispositivo que actuaba sobre las células fotoeléctricas.

Ningún accidente turbó las incidencias del vuelo y dos horas más tarde se detenían sobre el desfiladero que surcaba los Montes Amarillos. Allí se instalaron dos nuevas células y un mecanismo de control que reflejaría sobre una pantalla el paso a través de él de cualquier objeto animado y actuaría sobre un contador electrónico para determinar su número. Luego reemprendieron el vuelo, cerniéndose sobre los picachos amarillos de los montes, tomando nuevas fotografías y señalando en los primeros mapas las características más señaladas de algunos puntos.

—Es extraño, Hansen —decía Engle—. Estas montañas sobrepasan los nueve mil metros y sin embargo no hay rastro de nieve sobre sus cimas. La atmósfera continúa siendo rica en oxígeno, pero no hay vegetación sobre las rocas.

—Sólo conozco una causa que impida la formación de nieve, Kurt, y ésa es el calor. En el desfiladero, a casi 3.000 metros de altura, sudábamos por efecto de la elevada temperatura y si a los, 9.000 metros no hay nieve es porque esas montañas encierran minerales de enorme poder calorífico.

—El profesor McAlister habló del sodio—dijo Cristina— para explicar esa coloración, amarilla.

—Indudablemente lo hay, pero si el viejo estuviese aquí opinaría igual que yo; bajo esas rocas o formando parte de ellas hay millones de toneladas de mineral radioactivo en mayor o menor grado de pureza. Quizás toda la cordillera sea una inmensa mina de uranio creada por la naturaleza y que a lo largo de millones de años continúa su proceso de desintegración generando energía y calor.

Fuertes corrientes de aire sacudían a los aparatos haciendo bambolearse al «jeep» suspendido de ellos y arrancando chirridos a los cables metálicos que lo sujetaban. Alcanzaron la vertiente opuesta y tras perforar una capa de nubes blanquecinas divisaron la llanura uniformemente parda que se extendía ante ellos.

Descendieron veloces en demanda de la ciudad de Xanoti convertida en insignificante punto perdido en la lejanía. Pasaron sobre campos sometidos a cultivo, cruzaron un anchuroso río de azules aguas y volaron sobre bosquecillos raquíticos diseminados sobre suaves ondulaciones.

—Notable contraste —decía Ketty—. En la Tierra de Hansen se multiplica la vida en los bosques y en el suelo volcánico. Abunda el agua, y el verde es el color predominante. Aquí, en cambio, da la sensación de que esta tierra necesita un constante trabajo para producir lo necesario y que sus pobladores carecen de muchas cosas que tendrían a su antojo en nuestro territorio.

—Aquello es tierra sagrada para sus creencias —le contestó su prometido— y quizás la abundancia de los «muris» les impidiera establecerse en ella.

—Yo vi «muris» reducidos al estado doméstico —dijo Brissen—, y Nohana nos ha dicho que incluso los guerreros poseen rebaños de ellos como fuente viva de alimento. No hay razón para suponer que en su tierra sagrada no pudieran conseguir lo mismo.

—Todo en este planeta es misterioso para nosotros —añadió Hansen—, mientras no nos relacionemos con sus pobladores y encontremos una explicación adecuada.

—Por ejemplo —indicó Cristina—. ¿Por qué no hemos visto todavía ningún ser humano?

—La mejor respuesta que se me ocurre está compuesta por un solo nombre: Konah. Eso, o tal vez que se esté celebrando un nuevo funeral —repuso Hansen.

Xanoti estaba próxima cuando se posaron sobre un camino que conduce hasta ella. Los dos helicópteros, al unísono, se cernieron en el aire hasta que el «jeep» y su plataforma se apoyaron en el suelo. Por una escala de cuerda descendieron Brissen, Nohana y Kurt Engle que desembarazaron al coche de sus ataduras, soltaron los cables metálicos y ocuparon los asientos después de poner en marcha el motor.

—Es maravilloso, Brissen —decía Nohana admirativa—. Sois dueños del aire y surcáis la tierra en vuestras máquinas de hierro sin que nadie las empuje. ¿Cómo es posible?

—La fuerza está encerrada en esa caja que gruñe, Nohana —dijo riendo Brissen—. Ella empuja nuestro coche por el camino y lo seguirá haciendo mientras el gruñido no cese.

—Acabará furioso por tanto esfuerzo —repuso la muchacha.

Durante todo aquel tiempo Nohana se había adaptado

enormemente a las condiciones de vida tan extrañas para ella. Vestía uno de los trajes que Brissen sacó para ella del almacén de repuestos, y el «mono» ajustado y de metálico brillo servía para realzar, si cabe, sus naturales encantos. Su gratitud y agradecimiento hacia Brissen se habían transformado en una adoración ferviente desde que el muchacho le indicara sus propósitos de convertirla, con el paso del tiempo, en parte esencial de su existencia, y para Nohana, acostumbrada desde niña a sufrir golpes y denuestos, a soportar una esclavitud constante y a ser utilizada y considerada como una bestia más, como uno de aquellos «muris» de los inmensos rebaños, todo aquello le parecía un sueño demasiado hermoso para ser real y cierto.

—Sois todos tan distintos a los míos…, —solía decir—. Cuéntame algo de tu país, Brissen.

Y había un dejo de melancolía y tristeza en la voz de Brissen que relataba a la muchacha todas las circunstancias de la guerra que les empujó fuera de su planeta, la intervención de los hombres de Noidim, el viaje de la nave sideral y su arribada al nuevo planeta.

—El hombre que se escapó matando a dos de nuestros compañeros es uno de quienes nos atacaron en la Tierra —terminaba y él sólo es suficiente para transformar las condiciones de vuestro pueblo arrastrándole a una guerra contra nosotros.

—Sois poderosos y le venceréis, Brissen; pero dime: ¿Cómo eran las mujeres de la Tierra?

Era la pregunta más frecuente de Nohana quien hasta en su primitivo cariño encontraba las cualidades de toda mujer enamorada, temerosa siempre de la existencia de una posible rival.

—Eran hermosas, Nohana; pero después de conocerte las he olvidado por completo, aparte que luego de nuestra salida de allí pocas habrán quedado y aun ésas no dispondrán de mucho tiempo para pensar en estas cosas. La Tierra está sometida a una esclavitud más cruel que la que tú has soportado siempre y gime bajo la dominación de los hombres de Noidim que supieron conquistarla con sus poderosas armas. Quizás algún día se haga posible nuestro regreso a ella para comenzar una lucha despiadada que sólo concluirá con nuestra muerte o la derrota de los hombres de Noidim.

—Yo no quiero que mueras, Brissen —suplicaba ella agarrándose a su brazo—. Has de vivir para mí.

—Todavía hay que vencer muchas dificultades hasta que llegue el momento en, que podamos pensar en nosotros, Nohana. Antes

hay que entrar en relación con tu pueblo…

—Cuando ellos os conozcan como os conozco yo se acabarán las dificultades, Brissen.

Y ahora rodaban hacia Xanoti distante tan sólo unos kilómetros, surcando veloces el camino y cubiertos por la sombrilla protectora de los dos helicópteros que escudriñaban la llanura desde el aire. Una terrible soledad les había acompañado durante todo el viaje y la misma ciudad, encerrada en el cinturón pétreo de sus murallas, tenía la apariencia de algo abandonado y muerto.

—Habla Hansen —zumbó la radio—. No se divisa un alma dentro de la ciudad ni en sus alrededores. Estad precavidos contra toda sorpresa.

Un helicóptero tomó tierra en el interior de las murallas y el coronel Foster y sus hombres procedieron a abrir las puertas de fuertes tablones que cerraban el paso al «jeep». Rápidamente se organizó una especie de puesto de mando junto a las murallas y por mandato de Hansen los dos helicópteros se elevaron de nuevo con el piloto por único tripulante mientras todos los demás aguardaban sus indicaciones. Una antena de radar comenzó a voltear sobre el «jeep» lanzando sus ondas eléctricas en todas direcciones y en su pantalla buscaron el rastro de Konah a través del equipo metálico que llevaba encima y que había de dejar forzosa huella en el vidrio deslustrado del aparato.

Las voces de los pilotos llegaban hasta ellos a través de la radio confirmando la exploración del radar.

—No hay nada, Hansen.

—Es cierto —repuso el sueco—, Konah no está en, Xanoti.

—Ni sus habitantes tampoco —añadió Cristina.

—Vamos a buscarles —ofreció. Brissen.

Con el «jeep» en cabeza y las armas dispuestas, el grupo enfiló la primera calle que se ofreció ante sus ojos, después de cruzar el espacio abierto que mediaba entre las murallas y las edificaciones. Comprobaron que las casas de Xanoti estaban construidas siguiendo un, sistema arquitectónico que se despegaba enormemente de las cualidades de aquella raza, de su instrucción y de sus demás adelantos que se traducían en armas, adornos y joyas. Las viviendas estaban hechas con grandes bloques de piedra superpuestos para formar las paredes, dejando huecos para puertas y ventanas y soportando unos tejados planos coronados por una especie de azotea.

—Son verdaderas fortalezas —decía Karl—. Una de estas casas

es capaz de resistir el impacto de una bala de cañón.

Karl, más atrevido, penetró en una de ellas y salió llevando en las manos diversos adornos de bronce dorado, una espada rota y una esterilla hábilmente tejida.

—¡Silencio! —conminó Hansen.

A medida que fueran acercándose al centro de la ciudad pudieron percibir el sonido de unas voces y Brissen miró a Nohana como buscando la respuesta que esperaba a su muda interrogación.

—No se han ido todos, Brissen —dijo la muchacha que hasta entonces denotara el asombro que le producía hallar desierta la ciudad—. Vamos al templo del Gran Kiro y allí los encontraremos. Están encerrados en una casa semejante a la vuestra.

—¿Encerrados? —preguntó Hansen—. ¿Quién?

—Hombres y mujeres de mi pueblo, compañeros todos de esclavitud y trabajó, víctimas preparadas en honor del Gran Kiro, nuestro supremo dios.

La comitiva se detuvo frente a un enorme edificio de elevada altura, construido con los mismos bloques de piedra que las demás casas y con la fachada adornada por esculturas y dibujos. Una columnata mantenía una especie de pórtico y tras ella se abría el hueco de una puerta. Con los fusiles preparados penetraron en el templo… y su estupor no tuvo límites al contemplar entre el laberinto de columnas que sostenían el techo, una esfera plateada en todo semejante a la que estuvieran habitando en la tierra sagrada. La rampa y las ventanas circulares tornaban a darle la apariencia de un, rostro humano dotado de boca y ojos, y el humo negro que se escapaba de unos pebeteros de bronce, coronando el fulgor rojo de las llamas, prestaba una apariencia fantasmagórica a la estancia, rodeándola de un aire solemne y misterioso.

—Nuestro sino es encontrarnos siempre con las esferas plateadas, Hansen —repuso Karl—, y si no vimos antes este trasto es porque construyeron un edificio en torno a ella.

—¡Cuidado, Nohana! —estaba diciendo Brissen al ver que la muchacha corría hacia la entrada de la esfera.

Pero ella continuó avanzando sin hacerle caso, al mismo tiempo que gritaba con su armónica voz:

— ¡Salid sin miedo, hombres de Xanoti! ¡Venid conmigo a recibir a los libertadores de nuestro pueblo, a los poderosos señores llegados desde el cielo, a los dueños de la tierra y el espacio!

Desapareció en el interior de la esfera antes de que nadie pudiera impedirlo, y a poco la vieron aparecer de nuevo

acompañada por multitud de hombres y mujeres, de niños y niñas que corrían alborozados hacia los expedicionarios lanzando gritos de júbilo.

— ¡Santo cielo! —exclamó Brissen—. ¡Todo Xanoti estaba ahí adentro!

—No, Brissen —contestó Nohana llegando junto a él—. Estos son los hombres y mujeres que Punos el poderoso no quiso llevar consigo al abandonar la ciudad. Los sirvientes y esclavos de todos los guerreros que siguieron a un enviado del cielo para recorrer todas las ciudades en busca de gente dispuesta a exterminar a los profanadores de la tierra sagrada.

—La respuesta es concreta, Brissen —dijo Hansen—. Konah ha llegado a Xanoti y no contento con el número de sus guerreros está reclutando gente para venir contra nosotros. Muy seguro debe estar de su poder cuando tal cosa hace.

— ¡Que venga cuando quiera! —saltó impetuoso Karl—. ¡Le prepararemos un adecuado recibimiento!

CAPITULO V

LA DESTRUCCION DE XANOTI

LA diferencia de costumbres entre los terrestres y los hombres de Noidim había favorecido notablemente a Konah a lo largo de su encierro. Al humano trato de Hansen y los suyos debía el noidio muchas atenciones que quizás no mereciera, y una de ellas era la de conservar las gafas ajustadas que permitían su visión normal bajo una luz que no fuese la infrarroja, en sustitución al foco rojo que normalmente llevaban todos montado en el casco de su escafandra. De todo ello, de los datos y conversaciones obtenidos de Hansen, de las entrevistas con la libertada Nohana cada vez que la muchacha fue enfrentada a él para comprobar datos, para obtener informaciones acerca de los hombres de aquel planeta y su relación con los antepasados de Konah y de los detalles que conoció sobre las características de aquel pueblo, surgió en la mente del noidio la idea de escapar y cobrarse de alguna manera la humillación sufrida por su orgullosa mentalidad al verse cautiva de una raza que para ella estaba considerada como inferior.

Meditó y sospesó sus planes para el futuro y cuando se vio libre merced a las favorables circunstancias que ayudaron su fuga, sólo pensó en alejarse lo más rápidamente posible de aquella esfera que hasta entonces constituyera su prisión, renunciando a sus deseos de destruirla en beneficio de una posterior venganza más completa y despiadada. Se preocupó de internarse en el bosque con paso rápido, terciado a la espalda uno de los fusiles arrebatados y empuñando el otro con mano firme; no sabía de cuánto tiempo dispondría para alejarse y estaba además el peligro, de ser descubierto desde el aire, aunque en ese caso no se dejaría capturar sin lucha.

Cruzó rápido bajo los árboles del bosque, atento al menor rumor procedente del cielo o de la tierra que pudiera traducirse como descubrimiento de su fuga y dejó atrás rocas y elevaciones, calveros y zonas espesas, caminando siempre en dirección a los Montes Amarillos tras los cuales sabía que se alzaba una ciudad. Un rumor de voces le hizo detenerse largo rato después, y aprestando el fusil atómico rodeó despacio los matorrales tras los cuales partía el eco de la conversación.

Su inesperada presencia llenó de temor y alarma a un grupo de guerreros que bajo los árboles estaban terminando de engullir los

últimos pedazos de un «muri» cuya osamenta estaba diseminada por el suelo. Eran unos veinte hombres, robustos y bien formados, sentados en torno a un pequeño grupo de doncellas que miraban con ojos ávidos la comida y retorcían desesperadas sus manos atadas.

La primera impresión fue la de empuñar las armas que tenían al lado, per0 la visión del fusil que empuñaba Konah les hizo recordar aquel otro que causó la desaparición de sus compañeros en los pasados días de los funerales, depusieron su actitud belicosa para dar paso a una impresión palpable de miedo.

—Calmaos, guerreros, y escuchad al enviado del cielo —dijo Konah.

Se acentuó el pasmo de aquellos hombres al darse cuenta de que e] desconocido hablaba su misma lengua,y uno de ellos, más valiente, se adelantó hacia Konah sin apartar los ojos del fusil atómico.

—¿Cómo vamos a escucharte —dijo— si apareces frente a nosotros en son de amenaza y llevas contigo uno de los maléficos tubos que ya conocemos?

—Me escucharéis porque os hablo en nombre del Gran Kiro. Disipad vuestros recelos y oídme.

Konah, se echó a la espalda el fusil y comenzó a hablar contestando con acertadas explicaciones a las diversas interrupciones de su discurso. Supo convencer a aquellos guerreros de su condición divina o poco menos, de la crueldad de aquellos hombres que surcaban el espacio en un pájaro metálico que causara el espanto de su auditorio al contemplarlo, sus propósitos de conquista sangrienta del planeta. Les habló de cómo buscaron afanosos a los acompañantes de la muchacha que ahora estaba cautiva entre aquéllos, y de que era necesario prevenir a los habitantes de Xanoti acerca del peligro que corrían.

Una vez, a lo largo de su explicación, tuvo que esconderse Konah juntamente con su auditorio ante la presencia del helicóptero que le buscaba desde el aire, y la aparición del pájaro mecánico vino a confirmar en gran parte sus palabras en las mentes sencillas de los guerreros, que por otra parte no encontraban explicación más plausible a todo cuanto les había venido ocurriendo desde que pisaron la tierra sagrada para dejar en ella a uno de sus jefes muertos.

—Dices bien, hombre extraño —contestó el guerrero que antes interpelara a Konah—. Debemos volver a Xanoti y advertir a Punos

el poderoso, pero el camino hasta allá es largo y lleno de peligros, a los que hay que añadir los nuevos que nos amenazan.

—Esto nos defenderá de ellos —repuso Konah mostrando su fusil—. Vamos hacia Xanoti.

Y mientras Hansen y los suyos continuaban la exploración aérea de la tierra sagrada, el pequeño grupo supo disimularse entre la frondosidad del bosque, en los huecos de las peñas y en los escondrijos naturales de la región, avanzando lentamente hacia el desfiladero, alcanzándolo al fin y franqueándolo después de nueve días de incesante marcha a lo largo de la cual ni siquiera la presencia de las doncellas cautivas fue una rémora que les detuviera. Avistaron la llanura después de perder dos hombres en las montañas víctimas de un desprendimiento de tierra que les precipito hasta el fondo de una barrancada, y empujando a las mujeres que no podían resistir el cansancio y la fatiga, azuzándolas con gritos y golpes, entraron en Xanoti el quinceavo día, contado desde la fuga de Konah.

Para el noidio, acostumbrado a otra clase de vida, otra arquitectura, lujos y comodidades, le resultó extraño el alojamiento que le destinaron mientras Punos era informado de su presencia en la ciudad. No estuvo mucho tiempo en él porque casi en seguida tornaron sus acompañantes para conducirle al palacio, y Konah recorrió las calles rodeado de una turba de guerreros armados que parecían aumentar por momentos, llenando el aire con sus gritos estridentes.

Fiado en la protección de sus armas atómicas supo soportar dignamente el estrecho cerco humano a que se veía sometido, y llevado casi en volandas se encontró ante la presencia del rey.

Punos el poderoso era un hombre de edad madura y cabellos entrecanos en el cual predominaban todavía las características de aquella raza fuerte que tenía en sus venas reminiscencias noidías. Alto, corpulento, macizo, de ojos de mirar profundo y las manos apoyadas en una espada desnuda de enjoyada empuñadura, miró a Konah desde el pétreo estrado en donde estaba emplazada su silla y llamando la atención del noidio que contemplaba con atención el primitivo decorado y las esculturas que ornaban la sala, le dijo:

—Mis guerreros te han conducido hasta aquí como enviado del Gran Kiro. Habla, hombre extraño; Punos el poderoso te escucha.

Tornó Konah a hacer alardes de elocuencia, repitiendo y ampliando todo cuanto dijera días antes a los hombres de Xanoti, y se esforzó por convencer al rey de la verdad de sus palabras.

—... y ellos vendrán a Xanoti, ¡oh Punos., pero será para destruirla después de someter a la esclavitud a tus valientes guerreros. Debes escucharme y disponerte a la defensa, buscar aliados, aumentar tu ejército y caer sobre ellos para destruirlos. Tu poder se verá incrementado con la victoria y tu fama rebasará las fronteras de tu reino haciendo que con justicia seas llamado Poderoso.

—Quiero creerte, hombre extraño, pero no acabo de convencerme de tu poder. También en Xanoti hemos visto el pájaro brillante que voló sobre ella causando el espanto de los míos. ¿Cómo vienes hasta mí, solo e insignificante, cuando ellos son señores del cielo?

—También tú estarías solo y carecerías de fuerza si te vieras despojado de todo lo tuyo. Mi poder está aquí y aquí —repuso Konah, tocando sucesivamente su frente y el fusil atómico y estoy dispuesto a demostrarlo cuando te plazca,

—Acompáñame entonces al templo del Gran Kiro. Quizás allí consigas convencerme.

Atravesando una serie de espaciosas habitaciones v acompañados siempre por el séquito de Punos, Konah siguió al rey hasta unos escalones que se hundían en la tierra y que tras desembocar en un túnel subterráneo tornaban a ascender para salir a una nueva edificación de elevado techo sostenido por fuertes columnas. Difícilmente contuvo el noidio una exclamación de sorpresa al contemplar una esfera plateada en todo semejante a la que ocupara Hansen en la tierra sagrada, y una sonrisa de satisfacción se esparció sobre su rostro al murmurar:

—Te convenceré, Punos. Tú serás testigo de mi poder.

Con paso firme y ante el asombro de todos por su osadía, avanzó hacia la rampa de entrada y desapareció por ella a la vista de todos. A la luz difusa que llegaba hasta él procedente de los grandes pebeteros del templo recorrió los distintos departamentos de la esfera hasta llegar a la sala de mando y escrutó los indicadores brillándole los ojos.

—Todavía hay energía en los acumuladores de reserva —murmuró. Descendió al piso bajo hasta las máquinas y soplando el polvo acumulado por los años accionó un conmutador y luego una llave. Toda la esfera se iluminó interiormente con una luz brillante y sus reflejos, escapando por la rampa y las ventanas circulares, hizo palidecer el fulgor del fuego en los pebeteros. Hasta Konah llegó el clamor de espanto del pueblo de Xanoti, y cuando él

apareció nuevamente junto a la entrada les vio postrados en el suelo y tendiendo hacia él las manos. El mismo Punos pasaba desapercibido entre todos ellos, tan asustado como los demás, y Konah disimuló la alegría que sentía para decir luego:

—No temáis, hombres de Xanoti, porque nada ha de sucederos. Os he dado solamente una pequeña muestra de mi poder y me consideraré satisfecho si con ello he logrado convenceros de la veracidad de mis palabras.

Puno» se levantó para avanzar hacia él.

—Ordena, hombre extraño. Mi pueblo te obedecerá.

Desde entonces, convertido Konah en rey virtual, exploró concienzudamente la esfera plateada en busca de instrumentos y armas. Comprendía que sus antepasados hicieron acto de presencia en aquel planeta y veía confirmada la explicación que diera a Hansen acerca del vehículo aéreo que encontraran en la tierra sagrada. En él llegaron sus hermanos de raza, originarios de cualquiera de los otros tres planetas aniquilados, pero en esta esfera, mejor conservada externa e interiormente, encontró algo que le hizo sentirse verdaderamente poderoso. Ese algo eran cuatro torpedos radiodirigidos que, pese a ser de un modelo anterior y distinto a los que Konah estaba acostumbrado a manejar, no encerraban para él ninguna dificultad después de asegurarse de que su carga explosiva estaba intacta, de que persistían los efectos del radiocontrol de los mismos y de que no era imposible improvisar una pequeña rampa de lanzamiento.

En poco tiempo, y ayudado, por las órdenes de Punos, Konah movilizó el ejército de Xanoti y abandonaron la ciudad dejando en ella tan sólo un grupo de esclavos de ambos sexos, único hecho ante el que no transigió Punos, que los encerró en el templo como ofrenda viva a su dios. El noidio, pese a considerar inútil y hasta inconveniente aquel acto, hubo de ceder después que fracasaron sus intentos de hacer ver al rey que mediante aquellos esclavos sabrían sus enemigos todo lo que habían estado preparando.

Los «muris» de guerra cargados con sus gualdrapas confeccionadas con placas de bronce fueron escalonándose en la comitiva bélica que abandonaba a ciudad, y calles, plazas y casas fueron quedándose desiertas mientras una larga columna de hombres y bestias se perdía en el horizonte llevando consigo grandes carretas de macizas ruedas chirriantes en donde se amontonaba toda la impedimenta necesaria para el ejército. Enormes nubes de polvo denotaban el paso de los rebaños de bestias domésticas que habían de servirles de alimento. Sólo había

un espacio libre en la columna, rodeado a distancia por los soldados que se alejaban de allí presas de instintivo temor.

Aquel espacio estaba ocupado por una plataforma provista de ruedas de la que tiraban cuatro «muris». Sobre ella se veían unos artefactos alargados y brillantes juntamente con una especie de soporte que había de servir para lanzarlos y unas cajas conteniendo extraños aparatos. Konah dirigía personalmente la marcha de aquella plataforma y sonreía gozoso sabiendo que en aquellos torpedos radiodirigidos residía toda la esencia de su poder v que apoyado en ellos podría destruir a los terrestres y dominar enteramente el planeta que le había acogido.

* * *

Hansen y los suyos se habían aposentado en la abandonada Xanoti después de comunicar por radio con el profesor McAllister y con Festen, dándoles cuenta de lo sucedido y recibiendo de ellos la carencia de novedades e incidentes.

—Konah no apareció por aquí, Hansen —terminó Festen—, pese a que era lo más natural después de abandonar Xanoti. Ninguna de las trampas han funcionado y la caverna se mantiene perfectamente Hemos adelantado bastante con nuestro trabajo y el profesor McAlister está satisfecho con lo conseguido aunque reniega constantemente porque aún no puede verificar sus cálculos.

El contador electrónico instalado en el desfiladero tampoco había registrado el paso de ningún obstáculo y la única preocupación de Hansen era el desconocimiento en que se hallaban del emplazamiento del ejército que se estaba preparando para atacarles. Por los esclavos liberados del templo supieron de las maniobras de Konah, confirmándose así los temores de aquél al prevenir a Punos; pero los cautivos ignoraban lo referente a los torpedos que el noidio encontrara en la esfera plateada y que constituían la mayor fuerza enemiga.

También los terrestres poseían armas de esta clase; en la caverna de la tierra sagrada estaban depositados seis proyectiles de tipo «C» y once del tipo «A», resto de la dotación bélica del aerocohete después de su batalla espacial con las primeras esferas plateadas que divisaron. Igualmente tenían montados y dispuestos los tubos de lanzamiento de aquellos proyectiles. Las fuerzas estaban, pues, equiparadas, y tan sólo el desconocimiento de que Konah poseía armas semejantes daba ventaja al enemigo.

—Debimos extender nuestros vuelos de reconocimiento mientras

hubo tiempo para ello —estaba diciendo Hansen a sus acompañantes—. Ahora sabemos por Nohana que existen otras muchas ciudades, pero ignoramos su emplazamiento y su distancia a Xanoti.

—La más cercana es Dairon, a catorce días de marcha —repuso la muchacha— y junto al gran mar, muy lejos de aquí, está Ebron. Las dos ciudades son tan grandes como Xanoti y sus reyes grandes amigos de Punos el poderoso.

—Con ellos estará Konah, supongo —terminó Hansen.

Y deseando evitar a los recién liberados todo encuentro con sus enemigos, el sueco tomó las disposiciones necesarias para evacuar la ciudad enviándoles más allá de las montañas amarillas. Uno de los helicópteros les convoyaría desde el aire y el jeep partiría también con ellos, avanzando hasta donde el estado del terreno se lo permitiera y estableciendo un primer puesto de vigilancia terrestre a este lado de la cordillera.

En Xanoti sólo quedaron los hombres pertenecientes a la dotación del segundo helicóptero, es decir, Hansen, Cristina, Karl, Ketty Fraser y uno de los mecánicos llamado Philip. Nohana y Brissen partieron con el jeep en unión de Kurt Engle y los esclavos liberados, y durante los tres días siguientes nada turbó la tranquilidad de la desierta ciudad, cuyo cielo sólo estaba turbado por la presencia casi constante del helicóptero de Hansen que proseguía sus vuelos de exploración sin alejarse demasiado de aquellos parajes y listo para anunciar por radio las incidencias que descubriera.

—Me tiene preocupado el proceder de Konah —decía el sueco—. Su actitud hacia nosotros es casi de desafío y nos provoca con una fuerza desconocida Ha tenido tiempo suficiente para trasladarse a cualquiera de las dos ciudades citadas por Nohana y a buen seguro cuenta a estas alturas con un numeroso ejército listo para lanzarlo contra nosotros.

—¿De qué se habrá valido para hacer prevalecer su poderío sobre Punos y los demás jefes? —preguntó Cristina.

—No lo sé, aunque espero que lleguemos a averiguarlo pronto. De otra forma no podremos conseguir el logro de las relaciones pacíficas con los indígenas ni asegurar tampoco nuestra supervivencia en este planeta.

—Yo lo consideré como un paraíso que se ofrecía tentador ante nuestros ojos. ¿Recuerdas, Hansen?

—Ciertamente, Cristina, aunque yo contrapuse la idea de que tal

vez nos resultara un infierno semejante al de la Tierra. Y por ahora han resultado ciertas mis afirmaciones.

—Pero afortunadamente en menor escala, Hansen —añadió Karl —. De otra forma no estaríamos aquí para contarlo.

En estas o parecidas conversaciones empleaban el tiempo que mediaba entre sus vuelos de reconocimiento que les ocupaban la mayor parte de las horas. De acuerdo con sus observaciones iban anotando en el mapa fotográfico los accidentes más notables de la topografía, investigaban el curso de los dos ríos más importantes que surcaban la comarca y sobrevolaban la llanura parda y uniforme que se extendía hasta el confín del horizonte. Trazaban un círculo de trescientos kilómetros de radio en torno a Xanoti, obedeciendo así las órdenes de Hansen que había dicho:

—La ciudad es para nosotros un objetivo de tanta importancia como para Konah y los suyos. Presiento que tarde o temprano volverá a ella y entonces se presentará nuestra ocasión para destruirles o al menos, vencerles en parte. Actualmente cubrimos todo el territorio por donde ese ejército puede aparecer; Brissen y el jeep están de guardia al pie casi de los Montes Amarillos; el otro helicóptero vigila el acceso al desfiladero y nosotros estamos de guardia sobre la ciudad. Los tres grupos podrán reunirse fácilmente sobre el punto amenazado.

La tarea de centinela estaba resultando monótona, pero en el sexto día ocurrió algo que la rompió bruscamente. Regresaban hacia Xanoti después de un vuelo cuando Karl, que vigilaba la pantalla de radar, dio una voz de aviso:

—¡Objeto detectado; atención!

No hubo tiempo para calcular la trayectoria y velocidad de aquel punto brillante aparecido en la pantalla, pero todos comprendieron instintivamente de lo que se trataba.

—¡Motor al máximo! —pidió Hansen.

Y el aparato ascendió verticalmente para describir luego un cuarto de círculo y alejarse velozmente en dirección a las montañas al mismo tiempo que la radio lanzaba el primer mensaje de alerta a los demás grupos de vigilancia.

El objeto detectado descendía del cielo y en cuestión de segundos se hizo visible sin necesidad de aparatos ópticos gracias al leve rastro humoso que dejaba detrás. Era un proyectil dirigido cuyo destino ciego se adivinaba en su trayectoria; un torpedo aéreo que buscaba Xanoti desde insondables alturas, disparado desde algún punto desconocido del planeta.

—Eso es obra de Konah —musitó Hansen estupefacto—. ¿Pero de dónde ha sacado tales armas?

Desde casi mil kilómetros de distancia asistieron a la hecatombe. El rastro de humo se perdió entre la vivísima luz que se encendió sobre las abandonadas casas de Xanoti y segundos más tarde llegaba hasta el helicóptero el retumbo terrorífico de una explosión atómica, caracterizada por la montaña de humo negro en forma de hongo que se alzaba en la lejanía y que delataba la total destrucción de una de las más importantes urbes del planeta Kristian.

Sorprendidos y aterrados, los terrestres dudaron entre alejarse o volver sobre sus pasos para reconocer la zona siniestrada, pero Hansen dejó oír su voz de mando ordenando una retirada antes de que fuese demasiado tarde.

—Refugiémonos en la tierra sagrada hacia donde se dirigen también nuestros compañeros. Si hemos salvado la vida obedece al hecho providencial de hallarnos en el aire y haber podido alejarnos de la ciudad. Comienzo a comprender el plan de Konah y aunque le haya fallado no quiere decir que deje de intentarlo nuevamente. Nuestro prisionero supuso acertadamente que iríamos a Xanoti y hasta quizás que nos asentaríamos en ella abandonando nuestros dominios; tal vez los cautivos que encontramos allí fueran dejados como señuelo de una trampa semejante a la dispuesta por nosotros en la caverna y en la cual hemos estado a punto de caer. De alguna forma que aún, ignoro Konah se ha procurado proyectiles radiodirigidos, los puso en funcionamiento y aguardó pacientemente a que estuviésemos confiadamente reunidos en Xanoti; entonces, cuando creyó llegado el momento oportuno, nos mandó sus saludos encerrados en un torpedo aéreo.

—Me horrorizo al pensar que pudimos estar allí —dijo Cristina, pálida aún, por la emoción.

—Pero seguramente Konah cree que así ocurrió —dijo Karl con su impulsivo proceder— y de ello podemos sacar nosotros algún provecho.

—Tal vez tengas razón, Karl; pero momentáneamente nos dirigiremos a nuestra caverna para tratar de defendernos lo mejor posible. También nosotros poseemos armas que pueden dar que sentir a Konah y a su engañado ejército y quizás al pasar a la ofensiva se convenzan todos de su error.

Se internaron sobre los picachos de los Montes Amarillos en dirección a la tierra sagrada y una vez dejada atrás la cordillera y cerniéndose sobre el valle lujuriante y espeso, Cristina Tegel

murmuró:

—Este es nuestro paraíso, Hansen, y por él debemos luchar hasta la muerte.

CAPITULO VI

EN BUSCA DE KONAH

AL hacer un balance de la situación, Hansen se sintió más que satisfecho. Desde hacía cuatro días se mantenían a la expectativa encerrados en la tierra sagrada, turnándose los hombres ante las pantallas del radar que exploraban incesantemente el espacio y con Karl y su prometida destacados en el desfiladero de los Montes Amarillos como vigías avanzados del grupo.

Sin embargo, era por el cielo el lugar desde donde Hansen esperaba el ataque inicial, y contrariado al comprobar que los dos emisores ultrasónicos no funcionaban, hizo disponer rápidamente dos tubos-cunas para el lanzamiento de torpedos aéreos, emplazándolos con todos sus mecanismos y accesorios en la plazoleta natural que se extendía frente a la caverna.

—Confío en que bastarán —masculló contemplando los brillantes husos de los proyectiles de carga y reserva depositados sobre las rampas—. Tanto tiempo habitando este planeta, tantas horas transcurridas desde nuestra llegada, y en el momento en que más necesitados estamos de todo resulta que la inmensa mayoría de aparatos e instrumentos están inutilizados y por reparar todavía.

—Pero nadie puede afirmar que esas horas hayan sido desperdiciadas, Hansen —repuso Festen irguiéndose ante el encubierto reproche—. Si das una ojeada a nuestro trabajo...

—Lo sé, Festen; lo sé sobradamente y a nadie culpo de lo sucedido si no es a mí mismo y a las circunstancias adversas que se nos enfrentan.

Tampoco había suficientes armas para el improvisado ejército de setenta hombres jóvenes salidos del grupo liberado en Xanoti, ni tiempo material para instruirles en el manejo de las escasas pistolas incendiarias que podían entregársele. Por otra parte, aquellos indígenas mostraban un instintivo temor hacia aquellos instrumentos maquiavélicos cuyo poder no comprendían y que retrasaba notablemente su práctica en emplearlas. Por ello, después de los primeros fracasos, después que la imprudencia de uno de aquellos reclutas estuvo a punto de ocasionar un mortal accidente, y agotada la paciencia de Brissen que hacía las veces de instructor auxiliado por la animosa Nohana, Hansen decidió utilizar sus propias fuerzas para enfrentarlas al ataque de Konah.

Hizo un resumen y hasta se permitió una sonrisa de satisfacción ante sus resultados: Dominaban el aire con los dos helicópteros y la distancia con sus «transmisores de radio; tenían asegurada la detección por radar terrestre en un radio de acción superior a los mil kilómetros, cubiertas las alturas más insondables mediante el radar electrónico, y contaban, además, con diecisiete proyectiles-cohete en perfecto estado de conservación que daban cierto aire de seguridad al conjunto de expedicionarios e indígenas aislados de todos en aquella exuberante región.

—Aquí tienes, Hansen —dijo Cristina interrumpiendo sus meditaciones al acercarse—. He hecho una especie de censo de los recién llegados. Tenemos noventa y cuatro hombres y ciento diecinueve mujeres; hay veintidós niños y treinta y una niñas, y el conjunto está distribuido en veintiséis familias y ciento dieciocho individuos que no tienen ningún parentesco entre sí. Ellos constituyen con nosotros los primeros pobladores de las futuras ciudades de Kristian y…

—Tu estadística es indudablemente cierta, Cristina; pero tanto ella como tus proyectos pecan de excesivamente utópicos a estas alturas. Yo estaba pensando en esos setenta y tantos indígenas como en la más inútil de las infanterías y rechazando toda la ayuda que pudieran prestarnos en el combate. Estamos solos, Cristina, viviendo el presente y sin tiempo para considerar el futuro. No lo olvides.

—Te encuentro desconocido, Hansen —dijo con sequedad la muchacha, alterando los rasgos de su expresión con el súbito fruncimiento de las cejas—. Tal vez la estancia en este planeta te haya afectado más que a ninguno, y por lo que a ti y a mí respecta puedo decir…

—No digas nada, Cristina —atajó Hansen queriendo disipar los nubarrones de tormenta que presagiaban los ojos de la muchacha—. Reconozco de antemano la razón que te asiste y de antemano también te ruego disculpes mi actitud. Hace tan solo unas horas estuve también a punto de discutir con Festen con motivo de las reparaciones; ahora eché por tierra tus ilusionados proyectos… Tengo los nervios desquiciados, no lo oculto, y el hecho de ser el jefe hace pesar sobre mí una terrible responsabilidad que se traduce en este malhumor y estos reniegos. Es eso y no otra cosa. Compréndelo, Cristina.

Se dulcificó el semblante de la muchacha que se sentó junto al sueco tomando entre las suyas una de sus manos.

—Todos estamos aquí para ayudarte, Hansen —repuso— y yo

soy la primera en desear fervientemente nuestro triunfo que será el tuyo, querido, porque comprendo lo que para ti significa el que un día no lejano regresemos a la Tierra con un ejército libertador y la satisfacción moral que todos nosotros sentiríamos contribuyendo a la resurrección del viejo planeta.

—Demasiadas veces he pensado en ello, Cristina, y he de confesarte también las vacilaciones que me asaltan a este respecto. Yo preferiría más el quedarme aquí, comenzar una nueva vida, fundar un hogar teniéndote conmigo, a mi lado; crear unos descendientes que viviesen ignorantes de lo que era guerra, que desconociesen el temor a las adversidades, que sonriesen felices cada mañana al despuntar el sol saboreando una por una todas las bellezas que Dios había puesto a su alcance.

—Sería demasiado hermoso, Hansen —murmuró la muchacha, abandonándose a su pesar en alas de aquella fantasía desbordante.

—Todos me llamarían egoísta, es cierto...

—Yo no, Hansen —atajó impetuosa ella—. Yo no, porque en lo más íntimo de mi corazón, sobreponiéndose a la llamada de la raza que clama por sus hermanos oprimidos en la Tierra, me siento ganada por la belleza salvaje de este planeta desconocido y tal vez hostil. Soy más egoísta que tú al considerar que también nosotros tenemos derecho a la felicidad, que hemos luchado mucho tiempo en beneficio de la Tierra y que todos nuestros esfuerzos resultaron estériles. Dos veces hemos intentado regresar con los nuestros y ninguna de ella lo conseguimos; la primera nos lo impidió la presencia de aquellas esferas plateadas contra quienes combatimos en las cercanías de la Luna. De la otra se encargaron aquellos aerolitos desviando nuestro rumbo y conduciéndonos por mano de Dios y del destino hasta nuestro actual emplazamiento. Continúo creyendo en «mi paraíso», Hansen, y como comprendo también que ningún paraíso se obtiene sin lucha, a ella contribuyo con todas mis fuerzas ofreciendo mis temores y mis angustias en aras de un futuro deseable y riente.

—Tienes fe en el porvenir, Cristina, y eso vale mucho en estos tiempos.

—Llámalo así si es tu deseo, Hansen, y ten confianza también...

—Lo intento y llego a considerar que nuestra situación no es tan desesperada. Sin embargo, temo por ti, Cristina, y me asusto al pensar qué puede sobrevenirnos y cuál será nuestra suerte en el futuro.

—¿Qué puede importar eso si estaremos juntos, Hansen?

—Nada y mucho, Cristina. Te necesito a mi lado cada vez más. Mi cariño aumenta por momentos a medida que voy profundizando en tus cualidades, y aunque aparentemente me hayas visto, alejado de ti debido a mi trabajo y mis preocupaciones, siempre he llevado tu imagen en mi corazón; al evocarla, un grato calorcillo me daba fuerzas para hacer frente a todas las dificultades por enormes que fuesen.

—Me haces completamente feliz con esas palabras —dijo la muchacha, abandonándose en los brazos que Hansen le tendía.

El la estrechó contra su pecho buscando sus labios y durante unos momentos se olvidaron de todo, sumidos en la delicia de su cariño. El beso se hizo largo hasta que el sueco apartó a Cristina con cierta brusquedad, vuelto a la realidad del momento y exclamando:

—¡Maldita sea! ¡Si al menos supiéramos de cuantos proyectiles dispone Konah!

—¡Hansen! —dijo Cristina riendo—. Si toda esa energía ha nacido de un solo beso voy a tener que prodigarme demasiado.

Esbozó él un cariñoso golpe en sus mejillas y la muchacha se alejó, dichosa, no sin antes decirle:

—Hasta luego, general en jefe. Voy a ver si encuentro alojamiento adecuado para nuestros protegidos. Continúa contando con ellos para poblar las futuras ciudades.

Hansen se levantó también y se dirigió hacia la caverna, sorteando el laberinto de estalactitas y estalagmitas que refulgían bajo los focos eléctricos. Se detuvo unos momentos ante la central de radar frente a cuya pantalla se mantenía vigilante el un poco somnoliento Engle, escuchó su «sin novedad» y el de Karl transmisor de radio recogía desde el desfiladero y constituyó su camino hasta llegar al rincón en donde el profesor McAlister tenía instalado su cuartel general.

—Y bien, profesor —preguntó—. ¿Cómo marchan esos trabajos?

—Muy adelantados, muchacho —repuso el astrónomo con brillantes ojos—. Podemos contar ya con el telescopio electrónico y los medidores de ángulos espaciales; están, casi listos también otros instrumentos del todo necesarios y es posible que esta misma noche pueda efectuar la primera observación del cielo como maniobra preliminar para determinar nuestra posición en el espacio.

—¿Está seguro de conseguirlo, profesor?

—¡Naturalmente, Hansen! —repuso el astrónomo mirándole con aire ofendido.

E inmediatamente, para probar su aserto, se enfrascó en una

explicación en la que se entremezclaban los términos «soles dobles», «estrellas fijas», «paralaje», «distancia focal», «ecuación de doce incógnitas», «observación sucesiva» y otros muchos y más variados, juntamente con un cúmulo de cifras, cálculos y deducciones que el cerebro electrónico —según McAlister— resolvería en poco tiempo.

De todo aquel galimatías dedujo Hansen que era posible la fijación de su órbita, por no contradecir al astrónomo que tan seguro estaba de ello y por no aguantar otro chaparrón científico como el soportado, y que hacía falta algún tiempo y mucha paciencia para conseguir los datos que darían la velocidad orbital, el perímetro de la elíptica recorrida por Kristian y el plazo de tiempo, deducción matemática de los anteriores datos, que se empleaba en surcarla.

—De acuerdo, profesor —aceptó Hansen—. Aplíquese en su trabajo y reciba mi enhorabuena; quizás en tiempos futuros haya ocasión de levantarle un monumento en el lugar más hermoso de este planeta descubierto por usted.

—Será mejor que se deje de bromas y no me secuestre a Festen como hasta ahora. Ese hombre vale mucho y es, desde luego, el mejor de mis ayudantes.

—Se lo enviaré si lo encuentro y usted, profesor, decídase también, como hace él, a salir al aire libre y aspirar, la brisa. Le aseguro que en medio de nuestras preocupaciones y trabajos resulta tonificante... y económico.

—Joven —sentenció el astrónomo—. Seré yo mismo quien distribuya mi propio tiempo; tengo mucha más edad que usted y necesito aprovechar al máximo cada segundo de mi vida.

—Allá usted; todo será que en lugar de un monumento haya que levantarle un túmulo funerario.

Fuera de la caverna reinaba la actividad por poner a punto los instrumentos necesarios; en la linde de! bosque, en donde los hombres liberados de Xanoti talaban árboles y desbrozaban la tierra, un grupo saludaba con gritos de entusiasmo la llegada de Brissen, Nohana y el coronel Forster que les indicaban el lugar en donde cayeran los dos «muris» víctimas de su batida y que aseguraban una suculenta comida para todos.

El ambiente era hermoso y pacífico a la vez. Brillaban los rayos de luz haciendo resplandecer el verde intenso de la selva y arrancando reflejos a los filos acerados de las hachas; zumbaban los insectos, se agitaba la espesura rumoreante... La vida brotaba a cada paso, plena, pujante, ávida, alegre. Hasta había un ritmo gracioso

en la cantinela monótona con que los indígenas animaban su tarea de leñadores.

Hansen, de una ojeada, abarcó todo el conjunto desde el túnel rocoso que daba acceso a la caverna e instintivamente dio la razón a Cristina; aquello era un paraíso al que no faltaban las corrientes de agua, las flores y los frutos, el pago seguro de una tierra ávida por producir, el clima templado y suave y la atmósfera apta para el desarrollo de la vida. Era un paraíso y hasta esa impresión parecía confirmarla la presencia simbólica de la serpiente bajo la forma de seres humanos, de hombres con los mismos instintos, idénticos sentimientos y exactos deseos a todos los demás, cualesquiera que fuese su forma, raza y condición.

—Somos nosotros —murmuró el sueco—. Ambicionamos algo y lo destruimos al mismo tiempo, luchamos por un futuro mejor… pero nuestra ambición se extingue obligándonos a proseguir la lucha; somos miserables, mezquinos, crueles hasta el sadismo, refinados hasta la saciedad. Somos sencillamente, hombres, y aunque nuestra razón censure esos instintos, corremos y actuamos impulsados por ellos, porque constituyen la esencia de nuestro propio ser.

Llegaba a este punto en sus filosóficos pensamientos cuando vino a sobresaltarle el sonido estridente de un claxon emplazado sobre la boca de la caverna y que daba la alarma general haciendo correr y refugiarse a la gente. Hansen retrocedió por el corredor para dejar paso al tropel que se le acercaba, y corrió hasta la central de radar ante la cual estaban Kurt Engle, Festen y el profesor McAlister. Un punto luminoso trazaba su trayectoria sobre el vidrio deslustrado.

—Proyectil radiodirigido sobre nosotros, Hansen anunció Kurt Engle con voz tranquila—, Karl no ha comunicado ninguna novedad porque su radar no ha podido captar el torpedo aéreo.

—Intentaremos detenerle —repuso el sueco

Esos explosivos no llegarán intactos al suelo Oprimió los conmutadores del cuadro de control y uno de los tubos-rampa de la plazoleta disparó su proyectil con estrepitoso silbar de aire comprimido y rugir potente de su reactor precedido de una sorda explosión. En la pantalla del radar apareció otro punto luminoso que actuaba bajo la acción del telecomando conectado por Hansen y los dos puntos parecieron converger en su trayectoria hasta convertirse en uno sólo desde el momento en que ambos proyectiles alcanzaron un rumbo rectilíneo y encontrado que aseguraba su colisión a 27. 000 metros de altura.

Con rostro impasible, Hansen fue siguiendo las indicaciones de sus aparatos y escuchando la cuenta de los segundos que iba recitando Festen. De improviso se apagó el punto brillante en el vidrio des lustrado, y el eco eléctrico del radar no encontró obstáculos para el desplazamiento de sus ondas a través del espacio.

Gritos jubilosos señalaron la destrucción del artefacto enemigo, y en el cielo, cuando salieron de la caverna, contemplaron tan solo una insignificante y menuda nubecilla blanca que se disgregaba rápidamente sobre el mar.

—La doble explosión debió ser terrible, Hansen —comentó Festen—, cuando pese a la enorme altura contemplamos aún sus efectos.

—Tratándose de armas noidias todo hacía esperar que fuese efectivamente terrible y a fuer de sincero no confiaba mucho en la acción de las nuestras para detenerla. Ahora ha pasado el peligro cuando algunos de los nuestros ni siquiera se percataron de que lo corrían —agregó riendo y señalando a Brissen y a Nohana que se acercaban procedentes del bosque.

—Oímos el claxon cuando estábamos en la esfera plateada y no hemos dejado de correr desde entonces —dijo el danés jadeante.

—Menos mal que no fue nada —repuso Cristina

—¿Y puede saberse qué es lo que estabais haciendo allí? —preguntó Hansen entre ceñudo y burlón

—Verás, Hansen; se me ocurrió que tal vez en ella podríamos hallar el número de proyectiles de que dispone Konah, recordando todo cuanto nos contó acerca de sus planetas de origen y la preponderancia del número cuatro en su sistema de contar. Me llevé a Nohana para ver si podía confirmar mis sospechas… y lo acerté.

—Explícate, Brissen.

—Nohana vió en Xanoti la otra esfera que estaba encerrada en el templo del Gran Kiro y me dio la certeza de que los departamentos contiguos a la sala de máquinas, cuatro alvéolos cilindricos, eran otros lanzatorpedos. En Xanoti, antes de que nosotros llegásemos a ella, vio Nohana esos mismos tubos, ocupados por extraños cuerpos brillantes que no podían ser más que proyectiles. Suponiendo que aquella esfera y ésta sean del mismo tipo, que en la de Xanoti estuviera intacta su dotación artillera y en la nuestra no, que no hay en ellas compartimiento alguno que pueda relacionarse con un depósito de reserva… y que Konah ha gastado dos torpedos aéreos,

podemos aceptar que le quedan otros tantos.

—Es posible,… siempre que en las ciudades que haya visitado no encontrase otras tantas esferas con su dotación completa. En fin, no es tan terrible esa amenaza dado que podemos contenerla en el aire y hacer inofensivas sus armas.

Hasta ellos estaban llegando entonces los sones amortiguados de la radio y a poco apareció Engle advirtiendo:

—Karl informa que grandes grupos de gente se están acercando al desfiladero.

—E1 proyectil aéreo sólo fue el primer acto de la función —dijo Hansen— y nos hemos metido de lleno en el segundo sin pasar por el intermedio.

—Karl pide autorización para conectar el dispositivo de fuego automático unido a las células fotoeléctricas.

—Niegue esa autorización en mi nombre, Engle. Creo será mejor dejarles entrar y si Konah se encuentra entre ellos, aniquilarlos a todos antes de que puedan ocultarse en la zona boscosa de la tierra sagrada. Les dejaremos entrar, es cierto, pero ninguno de ellos volverá a cruzar el desfiladero si nosotros no les damos permiso para hacerlo.

En pocos momentos quedó dispuesto un helicóptero. Brissen reclamó para sí el mando del grupo que había de reforzar a Karl, pero Hansen atajó sus palabras diciendo:

—Me considero responsable de la fuga de Konah y he hecho de ella una cuestión personal entre él y yo. Saldré hacia el desfiladero decidido a solucionarlo de una vez. Voy en busca de Konah.

CAPITULO VII

LA ALIANZA CON MUIR

DESDE el pequeño observatorio que ocupaban en lo alto del desfiladero, KarI y Ketty contemplaron el paso de los nutridos grupos de guerreros que cruzaban bajo sus pies sin sospechar siquiera que su presencia había sido ya descubierta y notificada. Herían la vista los destellos cegadores de las lanzas y las broncíneas corazas y hasta ellos llegaban los berridos roncos de los acorazados «muré» de guerra, resoplantes bajo el peso de las placas metálicas que formaban sus gualdrapas.

El desfile, por lo vistoso y colorinesco, tenía algo de alegre y distraído a la vez, pese a que las intenciones de aquellos guerreros no dejaban lugar a dudas. Karl apenas se dio cuenta de que terminaban de pasar e interiormente felicitó a Hansen por negarse a la conexión del mecanismo fotoeléctrico, ya que los disparos de los fusiles atómicos sabiamente emplazados habrían bastado, con pocas salvas, para barrer con su gigantesca guadaña las apretadas filas de los indefensos indígenas, en un enorme y cruel asesinato, en masa a todas luces censurable.

—Son más de quinientos y Konah no está entre ellos, Karl —murmuró Ketty Fraser—. ¿Qué vamos a hacer?

—De momento permanecer aquí en espera de órdenes. Luego cerrar el desfiladero, invirtiendo la posición de los fusiles que lo cubren.

Por entre las quebradas barrancas asomaban aún las corazas y los yelmos, se escuchaba el mugido imponente de los «muris», y el eco centuplicaba el rumor de los pasos de aquellos hombres desperdigados entre las rocas, caminando hacia ia zona de bosques distante unos cuatro kilómetros. Ninguno de ellos vip descender al helicóptero entre los árboles, volando a baja altura hasta el punto de pasar inadvertido entre ellos, y la primera noticia que todos, Karl y Ketty incluidos, tuvieron de la presencia de Hansen, fue una voz estrepitosamente gruesa y potente que detuvo en seco a los invasores.

—¡Escuchad, hombres de Punos el poderoso; escuchad la voz de los señores de esta tierra que disponen ahora de vuestras vidas merced a sus potentes armas!

Un silencio impresionante acogió aquellas palabras mientras los

guerreros se ocultaban asustados entre los peñascos.

—Buena idea la de Hansen —dijo Karl—. Con ese altavoz que emplea da efectivamente la sensación de ser alguien sobrenatural. Dejémosle hablar y vamos a invertir la posición de los fusiles atómicos; órdenes son órdenes.

Descendiendo de su observatorio, Karl y la muchacha cruzaron el desfiladero en dirección a los guerreros. El joven trepó por los peñascos de la vertiente opuesta y Ketty permaneció en actitud vigilante en espera de su regreso. La voz de Hansen continuaba llegando hasta ellos, amplificada por el altoparlante:

—¡Me dirijo a vuestro, rey y al hombre que se ha aliado con él! Si queda algo de valor en sus medrosos corazones, si su condición de fuertes y esforzados guerreros se lo permiten, les pido que me contesten antes de mostrarme a su vista.

El ruido de unas piedrecillas desprendidas por Karl durante sus maniobras en lo alto hizo alzar la cabeza a la muchacha que preguntó:

—¿Puedo ayudarte, Karl?

—No hace falta; casi he terminado ya.

Un nuevo rumor, procedente esta vez del desfiladero, sobresaltó a Ketty que al volverse se dio de manos a boca con seis guerreros que intentaban ganar la salida. La sorpresa fue mutua y todos quedaron quietos unos instantes como dudando en emprender la acción.

—¡Neo adel tura remo! (¡Una mujer enemiga!)

La exclamación partió del que parecía mandar a los guerreros y su voz fue como el clarín de guerra para el ataque. Todos se precipitaron sobre Ketty que había empuñado su pistola, pero antes de que llegara a utilizarla brotó un dardo de fuego desde lo alto de las rocas y el más próximo de los guerreros rodó sobre la tierra amarillenta convertido en una antorcha humana. La rabia de los atacantes pareció aumentarse con aquel acto, y dos lanzas arrojadizas se hincaron vibrantes sobre las escamas metálicas de la escafandra de Ketty. Ninguna de ellas logró herirla, pero su feroz impacto hizo tambalearse a la muchacha, desviando la puntería de su arma y dando tiempo a que los cinco guerreros supervivientes se abalanzaran sobre ella.

Otro trallazo seco incendió los ralos arbustos que serpenteaban entre los peñascos, y mientras Ketty se debatía bajo las fuertes manos de sus aprehensores que intentaban arrastrarla consigo y blandían sobre ella sus amenazadoras espadas, el impetuoso Karl

saltó desde las rocas empuñando su fusil atómico y arrojándose sobre el montón, de hombres que acusaban los mordiscos y las feroces patadas de la muchacha.

La entrada en liza del alemán se dejó sentir en breves instantes. Volteó limpiamente al primer guerrero que intentó enfrentársele y utilizando su fusil como maza le hundió el rostro de un terrible culatazo. Alguien le cayó encima pero no lo suficientemente rápido para que Karl se medio volviera, esquivando ágil la estocada del afilado mandoble y golpeando fuerte con el extremo del cañón en el estómago de su adversario que se desplomó agarrándose el vientre con ambas manos. Enfurecidos y rabiosos, los tres restantes decidieron al unísono que la mujer que sujetaban era una presa insignificante para ellos y se revolvieron contra Karl que no podía utilizar la tremenda fuerza del fusil atómico dada la proximidad del grupo, ni tampoco la pistola incendiaria por el mismo motivo.

Sujetando su arma en, posición horizontal a modo de escudo, detuvo con ella los ataques simultáneos, procurando darles siempre el frente e impedir que le rodearan. Ketty, mientras tanto, se incorporaba sacudiendo la cabeza, limpió su rostro y sus ojos de la tierra que les cubrían y se alzó tambaleante recuperando su pistola.

—¡Atrás, Karl! —chilló rabiosa—. ¡Atrás y al suelo… rápido!

Se dejó caer aquél, retrocediendo en acrobático salto que sorprendió por su ligereza a los atacantes, e inmediatamente restalló el trallazo seco de una pistola incendiaria. Un alarido espeluznante se escapó de los abiertos labios del guerrero que ardía y que en sus desesperados movimientos socarraba la cabeza y la cara del primer caído al desplomarse sobre él. Los supervivientes, incluido el que comenzaba a recuperarse del golpe de Karl, soltaron las espadas y repitieron aquel gesto de sumisión que los terrestres estaban ya acostumbrados a ver: se hincaron de rodillas y tendieron hacia ellos sus manos en actitud suplicante.

—¡Está bien… Alzaos, pronto! —les ordeno Karl.

Y dirigiéndose a la muchacha añadió:

—Torna la emisora e informa a Hansen de lo ocurrido. La trampa del desfiladero está ya dispuesta y sólo falta conectar el mecanismo. Nadie podrá salir de la tierra sagrada en cuanto lo hagamos. ¡Y vosotros! —dijo a sus prisioneros en lengua noidia—. Agradeced que a la muchacha no le haya pasado nada; de lo contrario estaríais ya convertidos en cenizas al igual que vuestros compañeros. ¡Andando; apoyad las espaldas contra las rocas del desfiladero!

Los tres hombres obedecieron temerosos y poco después regresaba Ketty con la respuesta.

—He dicho a Hansen que Konah no estaba entre los que entraron. Me ha ordenado conectar el mecanismo automático, que interrogues a los prisioneros… y que nos unamos a él atravesando las filas de los invasores. Nos protegerá desde el aire y asegura que no existe ningún peligro para nosotros. Opina que este pequeño grupo eran emisarios enviados a Konah para advertirle de nuestra presencia en la tierra sagrada. Él está hablando con un tal Muik que se titula rey de Ebron, y le tiene medio convencido para que deponga su actitud bélica.

—De acuerdo, Ketty; recoge la emisora y el equipo y vuelve a reunirte conmigo. Yo hablaré mientras tanto a los prisioneros. ¡Y cuidado con interponerte al regreso entre las dos células fotoeléctricas!

El interrogatorio fue breve y de él sacó Karl la impresión de que todos los guerreros les creían aniquilados en Xanoti. El hombre que se decía «enviado dei cielo» así lo había asegurado después de enviar contra la ciudad uno de sus rayos que surcaban el espacio, y ellos habían venido a la tierra sagrada como avanzada de su ejército.

—¿Para qué intentabais cruzar el desfiladero?

—Muik, nuestro rey, nos envió para advertir a Punos de que no todos los profanadores estaban muertos, y para que el enviado del cielo dirigiese contra ellos otro de sus rayos.

—¿Cuántos rayos le quedan aún al hombre del cielo?

No hubo respuesta sino tan sólo un gesto de ignorancia. Ketty regresó entonces, y después de entregar a su compañero parte del equipo que llevaba empujaron a sus cautivos hacia las rocas.

—Subid por ahí si no queréis perecer bajo uno de nuestros rayos —dijo Karl.

Franquearon el desfiladero reptando sobre los farallones que lo limitaban y poco después serpenteaban por un barranco, alejados de la ciega trampa que podía aniquilarlos. Caminaron llevando por delante a los tres guerreros desarmados y pronto comenzaron a encontrar indígenas que les franqueaban el paso, estupefactos aún por su inesperada presencia. Los grupos fueron haciéndose más numerosos a medida que se aproximaban al bosque, y llegó un momento en que se vieron encerrados dentro de un círculo de lanzas que seguía su marcha dejando en torno suyo un prudencial espacio.

—Esto no me gusta nada. Llama a Hansen —dijo Karl, colgando del hombro su fusil para empuñar la pistola.

Como respuesta vieron alzarse inmediatamente la silueta del helicóptero que avanzó hacia ellos. Antes de que llegara ocurrió el primer conato de ataque cuando dos guerreros se destacaron del grueso para arrojar sus lanzas; Karl disparo rápido, envolviéndoles en llamas y conteniendo la acción de los demás, pero uno de los venablos atravesó de parte a parte a uno de los prisioneros que se desplomó en tierra como fulminado.

Se ensanchó el círculo cuando el helicóptero se cernió sobre ellos hasta descender por completo de la cabina surgió la conocida figura de Kurt Engle que se dirigió a los restantes cautivos:

—Regresad con los vuestros —les dijo—. Sois libres porque así lo desea nuestro jefe. Que esta muestra de su generosidad os sirva de lección para el futuro.

Karl y Ketty treparon al aparato que inmediatamente alzó el vuelo regresando al bosque. Aterrizaron en un pequeño claro ocupado por un grupo de guerreros que departía amigablemente con Hansen y sus acompañantes. Todos se levantaron al verles llegar y el sueco advirtió:

—Este es Muik, rey de Ebron.

Se trataba de un joven de varonil belleza, gallardamente erguido dentro de la coraza de bronce esculpido que cubría su pecho. Coronaba su cabeza una rizosa cabellera negra y sus rasgos faciales denotaban una inteligencia y unas facultades que indudablemente le habían llevado a la categoría de rey que ostentaba.

—Ninguno de tus mensajeros pudo cruzar la salida, Muik —advirtió Karl—, y nadie podrá salir tampoco de la tierra sagrada mientras nuestro jefe no lo consienta. Todo aquel que sin su beneplácito lo intente quedará destruido por nuestros rayos.

—Muik está dispuesto a establecer con nosotros una alianza —dijo Hansen— Parece ser que no está muy conforme con los procedimientos y métodos de Konah y Punos, en quienes no ve sino usurpadores a su trono. La gota que colmó su paciencia fue precisamente la destrucción de Xanoti, porque ahora teme que Ebron pueda correr la misma suerte.

—¿También en Ebron hay un templo dedicado al Gran Kiro?

Lo había también, como reconocimiento a su suprema deidad, pero no albergaba ninguna esfera a semejanza del de Xanoti ni tenía noticias tampoco que aquellos vehículos se prodigasen demasiado sobre la superficie del planeta.

—Los más ancianos de todas las tribus y ciudades tampoco recuerdan nada respecto a ello y nuestra tradición afirma que en ellos llegaron extraños seres de divina condición y enorme poder —terminó Muik.

La conversación se desarrollaba en el pequeño claro de la selva, bajo la luz de unos focos eléctricos rápidamente instalados y en torno a una pequeña hoguera en donde se asaban sabrosos trozos de carne.

—Ebron está situada junto al mar —repuso Muik a una nueva pregunta de Hansen—, a nueve días dé marcha desde el extremo de las montañas. El camino es largo y fatigoso y pasaba por Xanoti para dirigirse luego siguiendo las estribaciones de los montes. Está lejos, pero con tu veloz pájaro llegarías a ella muy pronto.

—¿Te gustaría subir a ese pájaro, Muik? —preguntó Hansen—. Entonces podrías llamarte verdaderamente rey del espacio y comprenderías mejor nuestro poder y nuestros pacíficos deseos que nos llevan a desear el bienestar de tu pueblo. Nada ha de sucederte mientras vayas en nuestra compañía te lo aseguro, y una vez llegados a Ebron y derrotados Punos y el hombre que dice ser enviado del cielo, vencido su poder y establecido el nuestro, comenzaría para toda esta tierra una era de paz y felicidad como nunca la habéis conocido.

—Soy tu aliado, hombre poderoso, y te acompañaré hasta Ebron. Mi suerte está unida a la tuya hasta el final porque Muik sólo tiene una palabra. Estoy deseando subir a tu veloz pájaro.

—Cuando se extinga nuevamente la luz saldremos en él con dirección a tu ciudad.

Hansen se dirigió hasta la emisora y mantuvo una larga conversación con Festen que en la caverna fue siguiendo sus indicaciones. Le comunicó el rumbo que pensaba seguir y el emplazamiento aproximado de la ciudad de Ebron con el fin de que aquél fijase su posición en el mapa fotográfico que poseían y orientase hacia ella la ruta de dos proyectiles radiodirigidos que habrían de prepararse inmediatamente. La orden de lanzamiento la daría el propio Hansen cuando llegase el momento oportuno.

Luego estableció centinelas con los indígenas leales para que vigilasen a los grupos de guerreros desarmados que ocupaban la zona rocosa frente al bosque y se volvió a los suyos para ordenarles:

—Dispondremos ahora todo lo necesario y desde la caverna nos enviarán cuanto nos haga falta. Al anochecer de mañana comenzará nuestra expedición de castigo contra Konah, y como me llamo

Hansen que esta vez lo destruiremos para siempre.

CAPITULO VIII

EL FIN DE KONAH

EL helicóptero surcaba la densa oscuridad guiándose tan sólo por las indicaciones que el radar captaba con sus ondas eléctricas. Abandonaron su improvisado cuartel general después que desde la caverna les enviaron las armas y municiones necesarias, los equipos e instrumentos que pudieran utilizar, y ahora seguían la línea sinuosa de la costa prefiriéndola antes que exponerse los picachos de los Montes Amarillos en medio de la noche.

La carencia de satélite alguno que prestara a Kristian iluminación nocturna hacía imposible la visión a través de la cabina y tan sólo el eco eléctrico de la sonda les advertía la presencia de alteraciones y desigualdades del terreno que eran subsanadas rápidamente. Un reducido pero selecto grupo de terrestres ocupaba el aparato. Con Hansen iban Kurt Engle y Jan Brissen; charlando animadamente con el reyezuelo indígena estaba Karl. y en el puesto contiguo al de pilotaje se afanaba Festen siguiendo las indicaciones de sus instrumentos de vuelo.

Debidamente acondicionados en el espacio trasero estaban las armas y los equipos, los pertrechos y la reserva de víveres transportados en previsión de posibles incidentes. Todos los tripulantes vestían sus trajes metálicos y tenían dispuestos sus correspondientes cascos, a excepción de Muik que no consintió en vestirlo, fiándolo todo a su espada y a la linterna eléctrica que como mágico talismán llevaba colgada del cuello.

—Según mis cálculos volaremos sobre Ebron dentro de diez minutos —advirtió Festen.

—Mucha atención todos —dijo Hansen—. Konah puede incluso disponer de aparatos de detección.

Sobre la negra superficie de la tierra se destacó de improviso un débil punto luminoso. Desde la pequeña altura a que se mantenía el helicóptero percibieron sus destellos intermitentes, y Hansen interrogó a Muik acerca del particular.

—Eso es tu ciudad —le dijo—. ¿Qué supones que significa esa luz, Muik?

—¿Tienes seguridad de que efectivamente Ebron está debajo de nosotros? —preguntó el reyezuelo.

—Seguridad completa.

—Entonces sólo puede ser el fuego del templo del Gran Kiro. El que esté encendido significa que se invoca su protección divina.

—¿Para qué necesitan esa protección?

—Forma parte de nuestro ritual. No se comienza ninguna guerra ni se emprende cacería alguna que no vaya precedida de una respetuosa invocación a nuestro supremo dios.

—Luego podemos afirmar que los habitantes de Ebron están despiertos y preparados —dijo Karl— y que nuestro ataque por sorpresa debe desecharse aún antes de llevarlo a cabo.

—De todas formas atacaremos, Kart —repuso Brissen—, y ojalá sea Konah el primero que se ponga ante la mira de mi fusil.

—Ebron está llena de guerreros, Hansen —habló Muik— y sólo pido que respetes en lo posible la vida de mis propios hombres.

—Tienes mi promesa, Muik, y sabes que me esforzaré por cumplirla.

El helicóptero revoloteó sobre la ciudad aminorando su altura cada vez más, y después que el radar exploró concienzudamente los alrededores fue haciéndose más pausado el batir de las dobles hélices y su rumor se perdió en la noche cuando se posó en tierra, a prudencial distancia de las murallas de Ebron. El resplandor de la hoguera del templo llegaba amortiguado hasta ellos, a manera de un faro en la lejanía, y guiándose por él todos los tripulantes del helicóptero se acercaron.

Muik abría la marcha conduciendo a los terrestres hacia el lugar más conveniente para escalar las murallas y no pensó ni un solo momento que en cierto modo estaba traicionando a su pueblo a ayudar a los extranjeros.

—Por aquí, Hansen —murmuró.

Unas cuerdas provistas de garfios metálicos en su extremo hendieron el aire para enroscarse a los pétreos bloques, y comprobada la firmeza de su asentamiento treparon todos por ellas, cabalgando sobre el borde de la muralla. Se detuvieron unos instantes, temerosos de que el leve rumor de su ascensión hubiese atraído la atención de algún centinela, y tranquilizados por el silencio reinante se deslizaron hasta el suelo en el interior de la ciudad La brisa traía hasta ellos el aroma salitroso del mar, y el punto ígneo que ardía en lo alto del templo de Kiro contribuía a dar la impresión; de que se encontraban en medio de un oscuro mar y dirigiéndose hacia el refugio del puerto marcado por aquel faro.

Pisaron las losas de una calle y avanzaron a lo largo de las paredes de las primeras casas. Todo estaba abandonado y desierto;

la actividad de todo Ebron semejaba haberse refugiado en el templo, y nadie se interpuso en el camino de los terrestres que de esta forma llegaron rápidamente hasta una enorme plaza débilmente iluminada por algunas antorchas mantenidas sobre las paredes mediante soportes metálicos y en cuyo fondo se alzaba la elevación suave coronada por el templo.

—¡Cuidado, Hansen! —murmuró Festen—. ¡Allí hay gente!

Señalaba hacia el principio de la escalinata que conducía al templo y en la cual advertía un rebullir extraño. Hansen dividió a sus hombres en dos grupos que se desplegaron a lo largo de la anchurosa plaza, y llevando preparadas las armas acortaron la distancia que les separaba de aquel punto.

A medida que se aproximaban, la luz les permitió identificar las siluetas de cuatro guerreros armados que custodiaban unos bultos alargados y negros sobre los cuales se reflejaban a veces los destellos de las antorchas.

— ¡Torpedos aéreos! —exclamó Hansen—, ¡Las poderosas armas de Konah!

—Estamos aquí para anular ese poder, Hansen —repuso Brissen con tono resuelto—. Destruyamos esos torpedos y nuestra tarea se habrá simplificado.

—E inmediatamente tendríamos sobre nosotros a todos los guerreros de la ciudad. No, Brissen; necesariamente haríamos demasiado ruido, y esos torpedos nada significan mientras Konah no esté junto a ellos. Nuestro objetivo es el templo y a él nos dedicaremos en primer lugar; lo demás ya vendrá por sus pasos contados.

Trazando un círculo que dejaba en su centro a los centinelas de aquellos proyectiles y a los proyectiles mismos, los terrestres se volvieron a reunir al pie de la escalinata.

—Seguidme ahora —dijo Muik—. Yo os conduciré, hasta el interior del templo.

En pos del reyezuelo se introdujeron por un pasadizo disimulado entre las rocas, cruzaron una serie de habitaciones desiertas y treparon por una escalerilla que se enroscaba en espiral por el interior de un muro.

—Silencio ahora —pidió Muik—. Estamos muy cerca de ellos.

Comenzó a escucharse el sonido acompasado de un cántico acompañado de una música primitiva y bárbara en la que predominaba el sonoro retumbo de unos tambores. Hansen y los suyos se deslizaron a lo largo de una columnata y al final de ella se

asomaron cautelosamente sobre la barandilla que la remataba.

Ante sus ojos asombrados se desplegó entonces toda la gama colorinesca de un fantástico espectáculo. Toda la planta baja del templo semejaba un ascua incandescente bajo las luces de innumerables antorchas que arrancaban sangrientos reflejos al piso y a las paredes. Junto a los muros, en apretadas filas, se alineaban los guerreros blandiendo sus armas y entonando aquel cántico sonoro. En el centro de la estancia se alzaba un altar rodeado por pebeteros de bronce, en los cuales ardían otras tantas hogueras que desprendían un humo espeso y negro que ascendía en caprichosas espirales buscando las aberturas del techo que hacían las veces de ventiladores.

Al fondo, detrás del altar, había una larga mesa atestada de guerreros que devoraban glotonamente enormes pedazos de carne, pero la atención de todos había quedado prendida en el hermoso conjunto de mujeres desplegadas en torno al altar y siguiendo los compases de una danza que les marcaban grandes tambores con su retumbo y el sonido chillón de unas cortas flautas. Sus brazos desnudos cargados de joyas rutilantes emergían de las túnicas para dirigirse hacia el altar en actitud suplicante. Rápidos giros de las danzarinas diseminaban el grupo de doncellas mientras se redoblaban las voces de los guerreros, y sus ágiles piernas, mostrándose entre el vuelo de las túnicas, convertían la danza en algo soberanamente hermoso.

—Tenéis una religión muy divertida, Muik —dijo Brissen burlón.

—Es la danza del sacrificio —repuso aquél, cuyo rostro había palidecido al contemplar el espectáculo—. Esas doncellas morirán ante el altar de Kiro y solamente falta la presencia del rey para proseguir la ceremonia.

—Tú eres el rey de Ebron. La ceremonia no podrá realizarse en tu ausencia.

—Hay algo extraño en el templo —contestó el reyezuelo—. No consigo ver a ninguno de mis guerreros.

—Entre tantos millares de hombres comprendo que te resulte difícil localizarlos.

—No es eso, Hansen, y ello me hace suponer que ya no soy el rey de Ebron —repuso Muik con tono amargo—. Mi gente debía estar allí —señaló hacia la enorme mesa de detrás del altar— y los hombres que ocupan su sitio me son desconocidos. Además, mi sitio va a verse compartido.

Se refería con un ademán a dos enormes sitiales colocados sobre

una plataforma de piedra ubicada detrás de la mesa y que formaban como la presidencia de aquella ceremonia. Las dos sillas estaban vacías y tan sólo los guerreros de la guardia sé mantenían vigilantes junto a ellas.

—Nadie puede sentarse junto al rey —continuaba Muik—. Sólo él dispone lo necesario y jamás en la historia de Ebron ninguno de su categoría compartió el puesto real con otro.

—¡Mira, Hansen! —dijo entonces Karl—. ¡Es Konah!

La inconfundible estatura del noidio se destacaba claramente sobre el fondo de la enorme sala. El antiguo cautivo avanzaba ahora hasta los sitiales de la presidencia con seguro paso, con la confianza que le prestaba el fusil atómico que colgaba de su hombro. Desde la galería que ocupaban los terrestres pudieron divisar su semblante, enmascarado con aquellas gafas ajustadas que permitían su visión, su ancho pecho cubierto ahora con una enjoyada coraza de bronce, sus fuertes manos y nervudos brazos. Hasta creyeron percibir una sonrisa de satisfacción en su boca dentada.

En pos de Konah venía un grupo de guerreros capitaneados por otro de regular estatura y viril apostura. Llegados hasta la plataforma de piedra, Konah y su acompañante ocuparon los sitiales y el noidio se dirigió a todos, guerreros y doncellas, que habían interrumpido su canto unos y su danza las otras, diciendo con voz potente:

—Yo, Konah, rey de Ebron, ordeno proseguir la ceremonia.

La música reanudó sus estridencias y las doncellas trenzaron los giros de su danza mientras allá arriba Hansen y Festen se esforzaban por sujetar a Muik que no pudo acoger con calma la noticia de su destitución.

—¡Traidor maldito! —barboteaba intentando lanzarse hacia el piso bajo—. ¡Te mataré con mis propias manos!

—Ten, calma, Muik, y no pierdas la cabeza en el momento más interesante para nosotros. Todavía eres el rey y nosotros estamos aquí para ayudarte.

—¡Destruyelos, Hansen! —pidió el indígena—. ¡No hay en el templo ninguno de mis hombres y puedes cumplir tu promesa de respetar sus vidas! ¡Haz uso de tu poder sobre todos ellos! ¡Destrúyelos antes de que sea demasiado tarde!

—Dime antes lo que necesito.

Muik contestó rabioso a las preguntas de Hansen. El guerrero que se sentaba al lado de Konah era Punos, el rey de Xanoti. Las salidas del templo eran dos, sin contar el pasadizo por donde

penetraran ellos, emplazadas en los dos extremos de la planta baja, una frente a la mesa de los guerreros y la otra detrás de donde estaban Konah y Punos.

Hansen hizo una señal a sus hombres y los designados por él avanzaron a lo largo de la galería que corría a lo largo de las paredes, mantenida por una serie de fuertes columnas. En pocos momentos toda la planta baja estuvo cubierta por las miras de las armas terrestres y no quedó ni una sola baldosa que se viera libre de los efectos de fusiles atómicos y pistolas incendiarias.

Muik y el sueco permanecieron dando frente al altar y mientras el indígena vigilaba Hansen manipuló en uno de los estuches que llevaba pendiente del cinto.

—Toma, Muik —dijo entregándole un micrófono—. Habla a los tuyos.

Ya era tiempo, porque en aquellos momentos Konah alzaba el brazo interrumpiendo la danza. Los guerreros se habían levantado desnudando sus espadas y en sus gestos y actitudes se adivinaba el inexorable final de aquellas mujeres que ahora estaban arrodilladas al pie del altar formando un rebaño apretado y miserable. La voz de Muik sobresaltó a los guerreros, deteniendo a los que ya avanzaban sobre las doncellas.

—¡Escuchadme!

El poder del amplificador prestaba a aquel grito un algo extraño y sobrenatural. Su eco, retumbando sobre paredes y columnas, se multiplicaba ferozmente aumentando el pasmo de aquellos que lo escuchaban.

—Yo soy Muik, rey de Ebron, y he vuelto a tiempo de impedir la maniobra de un traidor que os lleva con engaños hacia la muerte. ¡Miradme y atended mis palabras!

Se irguió sobre la barandilla y Hansen aumentó el efecto de aquella visión enfocándole desde abajo con una linterna eléctrica y dirigiendo sus rayos de forma que sólo la cabeza de Muik quedara iluminada, prestándole la apariencia de flotar en el aire.

Voces y chillidos de espanto acogieron su presencia. Todos miraban hacia allí, atónitos y sobrecogidos, y tan sólo en los sitiales de la presidencia reaccionaban Konah y Punos como adivinando la estratagema de que eran objeto.

—¡Ese no es Muik! —chilló Punos avanzando unos pasos—. El antiguo rey de Ebron murió y su cuerpo está en la tierra sagrada. Fue él mismo quien antes de emprender el último viaje nombró a Konah para sucederle en el trono.

El auditorio miraba alternativamente a un sitio y a otro, y aquello llevaba trazas de convertirse en una lucha intestina por el poder cuando Punos precipitó los acontecimientos abalanzándose sobre el fusil atómico que Konah dejara junto al sitial. Lo agarró rápidamente e hizo fuego contra el lugar que ocupaba Muik. La puntería del indígena dejó mucho que desear, pero así y todo su disparo fue suficiente para derrumbar con estrépito un ángulo de la galería, derribándolo sobre los guerreros del piso bajo y contribuyendo a aumentar la confusión que el estruendo de 1a granada atómica ocasionara entre ellos. Chillaron las mujeres precipitándose hacia la salida y comenzaron las carreras de los alocados guerreros que se amontonaban en tropel buscando la puerta.

De todo aquel montón de gente fue Konah el único que conservó la serenidad y escudándose en Punos retrocedió presuroso hacia la abertura de detrás de los sitiales. Aquello le salvó porque desde varios puntos de la galería brotaron los dardos luminosos de las pistolas incendiarias, convergiendo en el punto que él ocupaba y transformando a Punos el poderoso en una antorcha humana que rodó por las escaleras prendiendo fuego a todo lo que tocaba a su paso.

El noidio huía aterrado, preocupándose sólo de ganar la salida, pero no contó con la presencia de Karl, el más próximo a los sitiales, que saltó desde la galería para correr en su seguimiento. El joven fue a caer sobre un apretado grupo de guerreros que momentáneamente le sirvió para amortiguar el efecto de su salto. Se debatió con fuerza entre ellos, se abrió paso a culatazos y golpes y galopó en pos de Konah que le llevaba tan sólo unas yardas de ventaja.

Hansen y los restantes terrestres trataban de poner paz entre los guerreros, disparando al aire sus pistolas incendiarias, gritando por el altavoz y esforzándose por mantenerlos encerrados en el templo. Comenzaban los actos de sumisión y cada vez eran más los hombres que se arrodillaban, mezclados entre las mujeres, inclinando la cabeza y extendiendo los brazos como resignados a su suerte. Preocupados con todo ello y sabedores por Brissen de que Karl iba detrás de Konah, ninguno de los terrestres asistió a la cacería que se estaba desarrollando en el interior del templo, a lo largo de pasillos e interminables series de habitaciones.

Karl disparó su pistola demasiado tarde para alcanzar al noidio y tuvo que cambiar apresuradamente de posición, anticipándose a la acción del fugitivo que empuñaba ahora su segundo fusil atómico

oculto sin duda en uno de los aposentos que terminaban de atravesar. Estalló la granada a espaldas de Karl y la onda expansiva le derribó en tierra, envuelto en el humo, polvo y cascotes del derrumbamiento originado.

—Tú lo has querido —masculló incorporándose.

Descolgó su propio fusil después de guardan la pistola y prosiguió la persecución del cada vez más nervioso Konah. La abertura de salida marcaba su rectángulo negro en el lienzo de la pared cuando Karl lo tuvo a tiro,

—¡Detente, Konah! —gritó.

Hincó la rodilla en tierra y apuntó cuidadosamente. Su fusil escupió con rabia una granada y sobre la cabeza de Konah brotó la erupción volcánica de la explosión, desintegrando las piedras, esparciendo sus efectos mortales y derribando sobre el noidio la pesada arcada de roca que era para él un indicio de salvación.

Cuando se aproximó encendiendo su linterna eléctrica sólo pudo divisar las piernas aplastadas de Konah, apenas visibles entre el amontonamiento de rocas, bañadas por un líquido viscoso que parecía sangre.

—Todavía no pagas las muertes de Michel y de Sven, ni el daño que estuviste a punto de causar a estas gentes —murmuró en voz baja.

Y su epitafio quedó prontamente ahogado por las aclamaciones que llegaban hasta él procedentes del templo y que denotaban el triunfo de Hansen y la sumisión de los guerreros a Muik, su rey.

EPILOGO

E

eL tiempo había pasado deprisa desde la muerte de Konah y noventa días terrestres mediaban desde los últimos acontecimientos hasta el momento en que Hansen recibía las primeras embajadas de paz de las ciudades más próximas a Ebron, acompañado por Muik. La ciudad estaba como desconocida y la influencia de los terrestres comenzaba a dejarse sentir entre sus pobladores, al principio un poco reacios a dejarse dominar por unas costumbres que contrastaban notablemente con las suyas.

En varios viajes habían llegado por aire Cristina, Ketty y Nohana en unión de los técnicos y mecánicos que quedaron en la gruta. Un reducido núcleo de los guerreros que Muik dejara en la tierra sagrada llegó también con ellos y estaban en camino por tierra el resto del contingente, incluida la sección formada con los liberados de Xanoti. La contemplación de las mujeres llenaba de pasmo a las doncellas de Ebron al considerarlas tan distintas, y sólo la presencia de Nohana, su adaptación a las nuevas costumbres y la consideración de que era objeto por todos los extranjeros, especialmente por aquel hombre alto de cabellos dorados, les hacía comprender que también ellas llegarían a liberarse de su actual esclavitud y mezquina condición, y ello las hacía prorrumpir en aclamaciones al paso de cualquier terrestre y correr hacia ellos para entregarles, ingenuas, pero sinceras, ofrendas de manjares, frutos y adornos de bronce.

Pasadas las angustias y sobresaltos de los días anteriores, las prometidas de Hansen, de Karl y de Brissen se entregaban a las dulzuras de su cariño aprovechando todos los momentos que aquéllos tenían libres. Todos parecían saborear las primicias de una nueva vida que a buen seguro iba a ser muy distinta de la seguida hasta entonces y las muestras de amistad, respeto y admiración que recibían de Muik, de los demás jefes y de todos los guerreros, eran otros tantos síntomas esperanzadores que denotaban la resurrección de Kristian, caminando en busca de un futuro mejor.

—Ahora sí que puedes hablar de tu paraíso, Cristina —decía Hansen a la muchacha, sentados sobre un altozano que dominaba la azul extensión del mar.

—Sí, Hansen —repuso ella emocionada—. Y te aseguro que valía

la pena luchar por conseguirlo.

Algo parecido ocurría con Karl y Ketty, Brissen y Nohana, reunidos los cuatro en amigable charla.

—Todavía no he podido conseguir que Nohana comprenda el significado de la palabra esposa —decía Brissen riendo— y lo siento por ella.

—Es natural —contestó la muchacha ruborizada—, porque nunca lo fui.

—Pues ahora no tendrás más remedio que aprenderlo, Nohana —indicó Ketty—, porque Brissen está decidido a que seas la suya muy pronto.

—Y Karl también con respecto a ti —exclamó Brissen.

Los dos hombres se miraron de improviso como si el mismo pensamiento impulsase sus palabras.

—¿Y quién nos casará? —preguntaron casi al unísono.

—Eso está resuelto, amigos —dijo entonces la voz de Hansen.

—Olvidáis que el capitán de una nave tiene potestad para casar a los viajeros y tripulantes, que yo soy el comandante del Kristian y que así se llama también el planeta que a modo de una nave sideral nos conduce a través del espacio surcando el mar del cosmos.

Lo mismo repetía Hansen unos días más tarde, en presencia del profesor McAlister que llegaba por vez primera a Ebron después de negarse a abandonar la caverna hasta que no completase los cálculos que necesitaba acerca de aquel planeta.

—Usted puede ser el padrino de las tres parejas, profesor —terminó Hansen—, y el de los muchos matrimonios que habrá que celebrar entre mis tripulantes y estas muchachas de Kristian que les tienen ya seducidos con su belleza. Algún día regresaremos a la Tierra y en ella siempre quedará alguien que pueda refrendar las ceremonias que yo efectúe aquí obligado por las circunstancias.

—Me temo, Hansen —repuso McAlister—, que habrá de continuar siendo nuestra máxima autoridad en cuestión de matrimonios durante muchos años. Nosotros no regresaremos a la Tierra.

Entonces parecieron darse cuenta del pliegue de preocupación que surcaba la frente del viejo astrónomo y la actitud grave de Festen que le había ayudado en todos sus trabajos.

—¿Está… está seguro, profesor? —preguntó temblorosa Ketty.

—Desgraciadamente sí. Indudablemente habrá regreso a la Tierra, pero no será para nosotros por la sencilla razón de que ya

habremos muerto, no a consecuencia de ningún desastre ni nada semejante, sino de viejos, en el mejor de los casos. Terminé mis cálculos respecto a Kristian y hoy puedo afirmar todo lo referente a él.

—Cuando lo divisamos por vez primera desde la nave sideral —prosiguió—, ya supuse que su trayectoria obedeciese a la de los cometas de largo período y ahora veo confirmada esa hipótesis. El planeta que nos contiene es un astro de tamaño levemente inferior al de la Tierra, de atmósfera y características semejantes a ella y que surca el espacio a una velocidad de 102.000 kilómetros por hora. Sirviéndome de mis tablas astronómicas y de las encontradas en la esfera noidia, calculé que cuando encontramos a Kristian se hallaba en el punto de su órbita más cercano a la Tierra y que para que se produzca nuevamente otra ocasión semejante hay que aguardar a que el planeta recorra totalmente su elíptica.

—¿Y bien?

—Eso no ocurrirá hasta dentro de noventa y tres años, Hansen.

—¿Noventa... y tres años?

—Noventa y dos, nueve meses, catorce días, seis horas y diecinueve minutos exactamente, empleando para la cuenta los números terrestres. Por eso dije que nosotros no regresaremos a la Tierra y mejor debía decir «vosotros», porque dada mi edad no viviré mucho. Vosotros, los jóvenes, con toda una vida por delante ilusionada y riente ante vuestros veinticinco a treinta años, tendréis 118 ó 123 años de edad; habréis muerto mucho antes por ley de vida... pero no es eso todo. Según la teoría de la relatividad, suponiendo que alguno de vosotros estuviese vivo aún para emprender el regreso, suponiendo que ese regreso pudiera efectuarse por contar con medios adecuados y suponiendo también que se consiguiese llegar a la Tierra, «la encontraríais envejecida en 3,100 años, quizás no existiera ya ni el mismo planeta, pero en el mejor de los casos no hallaríais a nadie de los que ahora lucharon contra los hombres de Noidim, tal vez no quedaran humanos sobre ella, acaso no hubiera ni siquiera vida.

—¿Quiere decir que todos nuestros esfuerzos han sido vanos, profesor? —murmuró Karl estupefacto aún—. Que nuestra arribada a Kristian, nuestras ilusiones por sobrevivir, por ayudar a los nuestros en la medida de nuestras fuerzas... ¿no sirven de nada?

—No es eso, muchacho. Aquí tenemos nuestra nueva patria y estamos en la obligación de engrandecerla, de ayudar a estos indígenas que son nuestros semejantes, instruirles, civilizarles en el

buen sentido de la palabra, hacer de ellos un pueblo feliz y satisfecho y crear para vuestros descendientes una vida y un hogar que les haga sentirse orgullosos de sus padres. Es una tarea quizás más importante que la hasta ahora impuesta, Karl, y tenemos la obligación moral de llevarla a cabo.

El viejo astrónomo hablaba con la seguridad de un profeta y en su voz y su actitud había algo del visionario que está convencido de sus predicciones.

—Veo alzarse las ciudades con el paso de los años, extenderse la cinta sin fin de las carreteras surcando el planeta, humear las chimeneas de talleres y fábricas, gemir las entrañas de la tierra al serle arrancados sus tesoros, crecer la industria, desarrollarse las artes, multiplicarse la población, aumentar las legiones de sabios y científicos...

—¿Podremos hacerlo nosotros, profesor?

—Sí, Hansen; podemos y debemos hacerlo. Nuestras máquinas., nuestros equipos y nuestro actual saber son las piedras angulares en donde se apoyará el futuro más esplendoroso que jamás se haya conocido. Hemos llegado a una tierra virgen y estamos en relación con los indígenas. Tratad bien a una y a otros, sed comprensivos y humanos con ellos,... y os brindarán cuanto poseen además de su cariño y su amistad. Os darán sus mentes los hombres para que grabéis en ellas las enseñanzas; su amor las mujeres, que ya no se considerarán esclavas, sino personas; su admiración los niños, que verán en vosotros a verdaderos padres. Y la tierra... la tierra os devolverá ciento por uno con su generosidad desbordante. Si alguien regresa a nuestro viejo mundo será para volver inmediatamente a Kristian, avergonzado de las condiciones de los humanos que ahora han sufrido el más justo de los castigos a sus ambiciones.

—Y no creáis por eso —prosiguió— que a todos nosotros los considero mejores o más afortunados que aquéllos. Tenemos los mismos defectos y las mismas taras, pero en nuestra mano está el evitarlos aunque hayamos de sufrir también nuestro castigo..., que será el de no poder contemplar el final de nuestra obra.

* * *

—¿Te acuerdas, Cristina? —decía Hansen unos días más tarde—. Me tachaba a mí mismo de egoísta al no desear el regreso a la Tierra y he aquí que ahora he de resignarme a la fuerza.

—Mis oraciones han hecho el milagro, Hansen. Yo lo deseaba

más fervientemente que tú, lo sabes, y ahora puedo mirar hacia el futuro tranquila y confiada sabiendo que estarás a mi lado y que yo estaré contigo para ayudarte en todo.

—Cristina —dijo Hansen rodeándola con sus brazos—. ¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

Ella le ofreció los labios por toda respuesta… pero alguien les interrumpió tocando en el hombro a la muchacha que se volvió entre sorprendida y avergonzada para encontrarse frente a una sonriente Nohana, un no menos alegre Brissen y dos embobados, Kan y Ketty, que estaban junto a ellos.

—Perdona, Cristina —dijo Nohana—, pero nos dijeron que por aquí estaría el hombre que nos puede casar…

Y la risa estalló en todas las bocas mientras los enamorados, felices, contemplaban la maravillosa hermosura de aquel planeta que, envuelto por los rayos de luz, les conducía hacia el futuro atravesando las insondables distancias del espacio infinito.

FIN

INDICE

Novela

Novela

Colección

Luchadores del Espacio

publicará en
su próximo número la emocionante y singular
novela de

WALTER CARRIGAN

EL HOMBRE ROJO DE TACOM

con la que el autor, veterano de la *Colección Comandos*, inicia su colaboración en la serie fantástica que tanta aceptación tiene entre los lectores.

EL HOMBRE ROJO DE TACOM

le hará vivir la gesta de unos hombres extraterrestres, debilitados por los años, de cuerpos envejecidos y rostros arrugados, pero dueños de increíbles poderes.

¿Cuál iba a ser el destino de la Humanidad ante la presencia de estos poderosos habitantes de otro mundo? ¿Qué era el Kipsedón? ¿Platillos volantes? ¿Meteoritos? ¿Qué pretendía Yandot? ¿Quién podía resistir la influencia avasalladora de su cerebro, capaz de leer el pensamiento a distancia?

WALTER CARRIGAN

responde a éstas y otras muchas preguntas en

EL HOMBRE ROJO DE TACOM

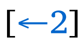
TIP. ARTÍSTICA

Precio: **5** *pesetas*

Notas

[←1]

Véase «Los hombres de Noidim».



No tengas miedo de ellos, joven mujer

[←3]

[←4]

3 y En el idioma de Noidim los posesivos se forman añadiendo «ye» antes o después de la palabra. La frase de la muchacha significa: «No tendré, hombre de cabello dorado».
Otro ejemplo lo tenemos en la palabra «draye» utilizada antes «Dra», ellos; «draye», de ellos